

Bianca®

Pasión con un extraño

Helen Bianchin

Pasión con un extraño

Quería volver a sentir lo que ya había saboreado una vez...

La virginal Mia Fredrickson no sabía qué le había pasado para acabar acostándose con un completo desconocido. Pero la química sexual que había entre ellos era tan fuerte, que Mia perdió la razón... ¡y se quedó embarazada!

Su guapísimo amante resultó ser el magnate griego Stavros Karedes. Al descubrir el secreto de Mia, insistió en casarse con ella. Pero Mia rechazó la oferta.

Lo que Mia no sospechaba era que Stavros se había tomado su negativa como una especie de reto...

Capítulo 1

-¡Mia!

Una mujer delgada y casi idéntica a Mia avanzó hacia ella en cuanto salió de la Terminal del aeropuerto de Sydney, y un instante después la abrazaba con entusiasmo.

-¡Hey! -protestó Mia con una sonrisa-. Sólo hace cinco meses que no nos vemos.

Las dos hermanas eran amigas incondicionales desde muy pequeñas y la muerte de sus padres diez años atrás había reforzado su unión. No existía ni nunca había existido rivalidad entre ellas, y ambas estaban seguras de que nunca la habría.

Ambas de poca estatura, pelo castaño claro y ojos marrones oscuros, su parecido era tal, que a veces las tomaban por gemelas.

Sin embargo Alice era la mayor de las dos, estaba divorciada y tenía un hijo.

Mia tomó a su hermana por el brazo.

-Salgamos de aquí.

Tras recoger el equipaje se sumaron al intenso tráfico de la ciudad en el coche de Alice.

Era magnífico estar de vuelta en el hogar, pensó Mia, aunque lo cierto era que ella no tenía un hogar como tal. Durante los años anteriores había vivido en el campus de la universidad, donde estudiaba farmacia.

Movió los hombros para liberarlos de la tensión acumulada después de demasiadas noches sin dormir, transcurridas preparando los exámenes de fin de curso. También influía en su cansancio la falta de cafeína y algo más que no tenía nada que ver ni con los estudios ni con la falta de café.

-¿No vas a contarme nada? -dijo Alice mientras conducía.

¿Por dónde empezar?, se preguntó Mia. Aún iban a tardar un rato en llegar al norte de Manly y tal vez sería mejor que le diera la noticia a su hermana cuando estuvieran tranquilamente sentadas tomando un té.

-Los exámenes han ido bien -dijo con cautela.

-¿Y?

-Me alegra estar de vuelta.

Alice la miró de reojo a la vez que detenía el coche ante un semáforo.

-Estás pálida y pareces cansada.

Mia sonrió débilmente.
-Gracias. Es justo lo que necesitaba oír.
-Nada que no pueda reparar una comida casera y una larga noche de sueño -dijo Alice en tono brioso acompañado de una sonrisa.
Alice era una madraza que se enorgullecía de su comida casera, sus galletas y su pan. Además cosía, tejía, iba a clases de cerámica, esculpía y pintaba. Pertenecía al comité escolar del colegio de su hijo, era presidenta de la asociación de padres y era una magnífica organizadora.
Ayudar a los demás se había convertido en la misión de su vida. Probablemente le compensaba por sus cinco años de matrimonio, durante los cuales su marido se dedicó a hacerle creer que no servía para nada.
Mia contempló el familiar paisaje de la ciudad a través de la ventanilla del coche. Los edificios antiguos con sus ladrillos rojos se mezclaban con los modernos materiales de los más nuevos, y los típicos olores de la ciudad parecían realzados a causa del calor veraniego reinante.
Miró a su hermana.
-¿Cómo está mi sobrino favorito?
-Matt está muy bien. Le va muy bien en el colegio y juega al fútbol y al tenis -dijo Alice con entusiasmo-. Además estudia piano y guitarra y ha empezado a tomar clases de artes marciales.
Alice creía a pies juntillas en la teoría de la mente ocupada y el cuerpo activo. Afortunadamente, su hijo era tan entusiasta como ella al respecto.
-Estoy deseando verlo y pasar un buen rato con él.
-Te advierto que tiene planes.
-Oh, oh. No me digas que también hace puenting y cosas parecidas.
Alice suspiró y movió la cabeza.
-Eso ni en broma.
El tráfico era más intenso en el puente del puerto y sólo empezó a despejarse cuando se acercaban a las zonas residenciales del norte, donde Mia había nacido y se había criado, donde había sobresalido y había sobrevivido, donde había amado y había sido traicionada, sólo para resurgir como una joven fuerte y determinada, totalmente centrada en alcanzar su meta.
Excepto por un pequeño detalle que había tenido el poder de cambiar su vida para siempre.
La casa de Alice estaba situada en una calle con muchos árboles

en las aceras. Por fuera era similar a las otras casas de la calle, pero el ambiente interior era realmente cálido y acogedor.

-¿Te apetece un té o un café, o prefieres algo frío? -preguntó Alice mientras entraban en la casa.

-Un té estaría bien.

Mia fue a dejar su equipaje en la habitación de invitados que solía ocupar durante sus vacaciones en la universidad. Tras refrescarse un poco, fue a reunirse con su hermana en la cocina.

-Falta una hora para que tenga que ir a por Matt al colegio -dijo Alice, que había preparado el té y había dejado un plato con galletas caseras en la mesa-. Así que, ya puedes empezar.

Mia sabía que podía andarse por las ramas para retrasar lo inevitable, pero decidió que no tenía sentido hacerlo.

-Estoy embarazada -dijo, y esperó con ansiedad la reacción de Alice, pues ésta conocía muy bien su punto de vista negativo respecto a la práctica del sexo antes del matrimonio.

Habían reído a menudo juntas hablando del tema, de los pros y los contras, de si merecía la pena preservarse para el hombre adecuado o no.

«¿Y si el sexo resulta ser... peor de lo que esperabas? ¿Cómo podrás saberlo si no tienes nada con que compararlo?», solía bromear Alice.

A la ansiedad de Mia se sumó un intenso sentimiento de vulnerabilidad. Todo lo que había creído hasta entonces había quedado abiertamente expuesto a la crítica.

Ya tenía suficiente con las autocríticas que se hacía a diario desde aquella fatídica noche.

-Estoy embarazada? ¿Eso es todo? -preguntó Alice, anonadada.

Mia cerró los ojos y volvió a abrirlos.

-Supongo que debo darte más detalles.

-Desde luego. Todos los detalles. Y no estaría mal que me anticiparas si debo felicitarte, consolarte, darte el pésame, o alegrarme contigo.

-Darme el pésame -admitió Mia, y no supo si reír o llorar.

Alice se inclinó hacia delante en la mesa y apoyó una mano sobre la de su hermana.

-¿Qué pasó?

La evidente preocupación de Alice casi hizo llorar a Mia, que vivía hacía unas semanas en una especie de montaña rusa emocional. Un minuto estaba bien y al siguiente se desmoronaba.

-Supongo que el responsable será guapísimo, ¿no? -añadió Alice con una sonrisa traviesa-. Sobre todo teniendo en cuenta que ha

logrado persuadirte para que dejes atrás tus convicciones respecto a las relaciones sexuales antes del matrimonio.

Su imagen surgió de pronto en la mente de Mia, haciéndole recordar la excitación, el éxtasis que había compartido con él... y su afán por volver a experimentarlo una y otra vez. Había sido una alumna totalmente dispuesta.

-Es increíble -dijo, consciente del rubor que cubrió sus mejillas.

Alice la miró con curiosidad.

-A pesar de que hablamos casi todas las semanas, no me habías dicho que estabas saliendo con alguien.

-No estoy saliendo con nadie.

Alice entrecerró los ojos.

-Si no me lo cuentas todo, ¡voy a verme forzada a entrar en acción!

Mia logró sonreír.

-¿No te conformas con la versión corta?

-¡Ni se te ocurra pensarlo!

Mia comprendió que no le quedaba más remedio que empezar por el principio.

-Se suponía que había quedado con una amiga para ir a una fiesta -le hacía falta un poco de diversión después de varias semanas de duro estudio. Aquello también le dio la oportunidad de vestirse un poco y olvidar por un rato los típicos vaqueros y las camisetas de siempre-. Pero cuando ya estaba allí mi amiga me envió un mensaje por el móvil diciendo que tenía gripe. No conocía a nadie más allí y estaba a punto de irme cuando me fijé en un tipo que estaba solo en un extremo del salón.

Un hombre cuya magnética presencia había hecho que todo y todos los que la rodeaban se volvieran insignificantes.

Incluso de lejos tuvo un efecto alarmante sobre su equilibrio. Inquietante, perturbador, letal. Mia supo en aquel instante que su vida emocional estaba a punto de verse alterada.

Pero jamás habría podido imaginar cómo acabaría la noche ni sus consecuencias.

Y jamás habría creído posible caer tan fácil y rápidamente bajo el embrujo de un hombre.

No pasaba un día, una hora, en la que no se cuestionara su salud mental por haber cedido tan fácilmente a la tentación. Sin embargo había sido totalmente consciente de sus actos y la honradez exigía que reconociera que había participado voluntaria y anhelantemente en lo sucedido.

-¿Quedaste con él?

-No exactamente.

La expresión de Alice se endureció.

-¿Qué quieres decir con eso? -preguntó, y a continuación abrió los ojos de par en par-. ¿Te acostaste con él esa misma noche? -al ver que su hermana no decía nada, murmuró-: ¡Cielo santo, Mia! ¿En qué estabas pensando?

Mia cerró los ojos, angustiada.

-Ese es el problema. No pensé en nada.

Alice entrecerró los ojos.

-Supongo que fue de mutuo acuerdo, ¿no?

-Oh, sí -la mente de Mia se llenó de imágenes de aquella noche. Todo lo sucedido había quedado indeleblemente grabado en ella.

Alice movió la cabeza.

-¿Te acostaste con un hombre al que no conocías? -preguntó, incrédula-. ¿Tú, que eres tan celosa de tu cuerpo que te negaste a acostarte con el hombre que quería casarse contigo?

Mia no sabía cómo explicar que había bastado una mirada para sentir que se le derretían los huesos.

-Alguien debió echarte algo en la bebida -dijo Alice, que no lograba encontrar otra explicación.

-No bebí nada.

-¿Le has dicho que estás embarazada?

¿Cómo iba a habérselo dicho si ni siquiera sabía cómo se llamaba ni dónde vivía?

El silencio de Mia fue suficiente respuesta para Ah.

-¿Está casado?

-No lo sé.

-¿Y mantuviste relaciones con él sin utilizar protección? ¿Te has vuelto loca?

-Uno de los preservativos se rompió.

Alice abrió los ojos de par en par.

-¿Uno de los preservativos? -repitió-. Oh, cielo santo...

El sexo había sido increíble para Mia. ¿Le habría sucedido lo mismo a él? Después no dijo nada al respecto, pero ella tampoco... sobre todo porque no habría sido capaz de pronunciar palabra.

-¿No sabes cómo se llama? ¿No sabes nada de él?

Parecía una locura admitir que ni siquiera se habían dicho el nombre. En aquellos momentos, no había parecido importante.

-Me fui mientras aún estaba dormido -confesó Mia tras un agónico silencio, sin mencionar el bochorno que sintió ni el sigilo con que salió de la habitación del hotel.

¿Cómo fue capaz de tirar por la borda la moralidad que había

defendido toda su vida por pasar una noche con un hombre al que nunca había visto y al que nunca volvería a ver?

Y ni siquiera podía alegar que se había comportado así a causa del alcohol.

-¿Te has planteado abortar?

Mia sintió que se le encogía el corazón. Quería tener al niño. Tanto que no podía soportar la idea de abortar. Formaba parte de ella..., de él. Era el recuerdo más vívido de lo que habían compartido.

-¿Crees que no me he devanado los sesos a diario pensando en eso?

-¿Y?

-Dadas las circunstancias, abortar sería lo más prudente, pero no me siento capaz de hacerlo -Mia alzó una mano y apartó un mechón de pelo de su frente.

A pesar de la confianza que sentía con su hermana, no se animaba a admitir que lo que inicialmente había achacado a un momento de lujuria incontrolable había sido algo mucho más profundo que la mera necesidad de una liberación física. Su corazón y su alma también se habían visto afectados a un nivel que jamás habría considerado posible.

El niño que llevaba dentro representaba parte de aquello.

-¿No vas a echarme una reprimenda por querer traer un niño al mundo para criarlo como madre soltera? -preguntó.

-Cuando miro a Matt, sé que mi vida no valdría nada sin él -dijo Alice-. Es mi luz, mi risa, mi alegría. Supongo que debería reconocer que emocionalmente sería más fácil compartir la responsabilidad con un compañero, pero si lo que quieres es que te confirme que una madre sola puede salir adelante, te lo confirmo sin dudarlo.

-Lo sé.

Alice tomó las manos de su hermana entre las suyas.

-Estoy segura de que, tomes la decisión que tomes, será la correcta.

«¿Para mí o para el bebé?», se preguntó Mia. Aquello era algo que la había mantenido en vela varias noches. Sabía que debía tomar una decisión... y pronto.

-Si te estás planteando llevar adelante el embarazo, podrías venir a vivir conmigo y seguir con tus estudios en una universidad de por aquí.

Los ojos de Mia se llenaron de lágrimas. El amor incondicional de su hermana no tenía precio.

-Gracias.
-¿Pero...?
-Si elijo seguir adelante, la responsabilidad será sólo mía.
-Suponía que dirías algo así -Alice tomó distraídamente un poco de té e hizo una mueca de desagrado-. Se ha enfriado. Voy a preparar más.
Mia miró su reloj.
-No querrás llegar tarde a recoger a Matt.
Alice gimió.
-Es cierto. Y tengo que llevarlo a su clase de tenis.
-Podemos beber algo mientras entrena.
Así lo hicieron, y el entusiasta recibimiento que Matt dispensó a Mia aligeró un poco el corazón de ésta mientras aplaudía con tanto fervor como su hermana los golpes de raqueta de su sobrino.
¿Se encontraría ella en una situación parecida diez años más tarde, animando a su hijo o su hija desde las gradas?
Concebir aquel niño había sido un error. Sin embargo, ya existía. Pero si seguía adelante con el embarazo, su hija o su hijo nunca conocerían a su padre. Y qué pensaría de ella si le contara alguna vez que su existencia era el resultado de una aventura de una noche con un desconocido?
-¿Has visto el revés que acaba de dar? -preguntó Alice.
-Pura poesía en movimiento -dijo Mia, a pesar de que apenas se había fijado.
En aquel momento le llegó un mensaje al móvil. Cuando lo leyó, frunció el ceño.
-¿Algún problema? -preguntó Alice.
-Nada que no pueda manejar.
-Pero no es algo que te apetezca especialmente, ¿no?
-Es... extraño.
-Explica extraño.
-El mensaje es de Cris, uno de mis compañeros de clase. Su familia vive en Sydney. Tiene diecinueve años y no ha revelado a su familia que es gay.
Alice entrecerró los ojos.
-¿Por qué tengo la impresión de que hay algo más de lo que me estás contando?
-Es un chico muy agradable.
-¿Y despierta tu instinto de protección?
Mia pensó en el joven alto y desgarbado que la hacía reír y que compartía con ella un alto coeficiente de inteligencia y una memoria fotográfica.

-Valoro su amistad. Vamos a varias clases juntos y solemos salir. Me ha invitado a cenar en casa de sus padres el jueves por la tarde.

-Creo que deberías ir -dijo Alice-. ¿Qué problema puede suponer?

Tal vez Alice tuviera razón. Además, Mia sabía que, si rechazaba la invitación alegando que estaba ocupada, sería inevitablemente trasladada a otra tarde.

Unos minutos después, envió un mensaje a Cris aceptando la invitación y él le respondió con otro en que decía que pasaría a recogerla a las seis.

-Será divertido -dijo Alice.

Mia no estaba tan segura. Al día siguiente estuvo a punto de cancelar la cita y el miércoles llegó a descolgar el teléfono para hacerlo, pero volvió a colgarlo enseguida.

El jueves se vistió con especial esmero. Zapatos de tacón alto, un clásico vestido negro y unos discretos pendientes. Para completar su imagen, se recogió el pelo y dejó algunos mechones sueltos a la altura de sus sienes.

«No vayas», susurró una vocecita en su interior mientras tomaba su bolso para sa1ir.

«No seas tonta», se dijo Mia. No va a pasar nada. Además, era muy capaz de cuidar de sí misma.

-Estás muy guapa.

Mia dedicó una sonrisa a su sobrino de nueve años.

-¿Tú crees?

-Desde luego que sí -declaró Matt.

-Tu amigo acaba de llegar -dijo Alice, que estaba junto a la ventana.

Mia puso los ojos en blanco expresivamente.

-Ojalá fuera una cita menos formal.

La idea del inminente encuentro con la familia de Cris empezaba a pesarle.

-Seguro que la familia de tu compañero es encantadora -dijo Alice.

El apellido Karedes tenía gran prestigio entre la alta sociedad de Sydney y, dada la versión de Cris de su familia, el adjetivo «encantadora» no parecía el más adecuado. Tenía un hermano mayor llamado Stavros que dirigía la empresa Karedes con puño de hierro. Su madre viuda, Sofía, tenía mucho carácter, pero Angelena, la matriarca de la familia y abuela paterna de Stavros y Cris, tenía aún más.

Mia respiró profundamente cuando sonó el timbre de la puerta.

-Hola -saludó cálidamente tras abrir.

Cris era un joven atractivo y sonriente de intensa mirada. Su estatura y sus rasgos ya hablaban del hombre en que iba a convertirse.

Tras las presentaciones de rigor, Mia salió con él y, unos momentos después, estaba sentada en el asiento del pasajero del Porche en que había acudido Cris a recogerla.

-¿Es tuyo? -bromeó mientras Cris ponía el coche en marcha.

-Pertenece a mi hermano.

-¿Te lo presta?

-Cuando estoy en casa -Cris se encogió de hombros despreocupadamente-. Tiene otros.

Mia sintió un estremecimiento que no tenía explicación lógica.

-Tal vez estaría bien que me pusieras al tanto sobre los planes para la tarde.

Cris le dedicó una penetrante mirada tras detener el coche frente a un semáforo.

-Eres una amiga a la que tengo en gran estima.

-Una amiga platónica -aclaró Mia. Cris sonrió.

-Eso es exactamente lo que he contado en casa.

-Bien.

-Te adorarán. ¿Cómo no iban a hacerlo?

Mia sonrió con esfuerzo. Le habría encantado que Cris la llevara de vuelta a casa de su hermana en aquel mismo momento, pero se contuvo. Aunque le diera pereza el esfuerzo que suponía relacionarse socialmente, Cris era amigo suyo y no quería decepcionarlo.

El barrio en que estaba la casa de Cris era uno de los más elegantes y refinados de la ciudad, y la casa ante la que detuvo el coche más habría podido considerarse una mansión que una casa. Para redondear la imagen, el último y opulento modelo creado por Mercedes se hallaba aparcado a la entrada.

-Estás impresionada - dijo Cris. Fue más una afirmación que una pregunta.

-¿Debería estarlo?

La expresión de Cris se volvió impenetrable.

-Son sólo cosas. Posesiones materiales que han pasado de una generación a otra como manifestación visual de éxito empresarial.

-Algo que odias.

-No. Simplemente prefiero no aferrarme a los faldones de la familia -Cris se quitó el cinturón de seguridad y Mia lo imitó-. De acuerdo. Vamos allá.

Segundos después, ascendían la lujosa escalera de entrada y las puertas fueron abiertas por un mayordomo de aspecto impecable.

-Buenas tardes -saludó Mia.

-Te presento a Costas -dijo Cris-. Lleva años con nosotros.

-La familia está reunida en el salón -dijo el mayordomo formalmente.

Mia y Cris lo siguieron hasta una puerta ante la que el mayordomo se detuvo.

-Señora, su hijo y su invitada están aquí.

En el salón, espacioso y exquisitamente amueblado, había dos mujeres sentadas y un hombre que se hallaba de perfil junto a unas puertas correderas que daban al jardín.

Un hombre cuya altura y actitud le resultaron familiares a Mia, aunque no le dio importancia a pesar de la aprensión que sintió al verlo.

La más joven de las dos mujeres se levantó y avanzó hacia Mia con una sonrisa.

-Cuánto me alegro de conocerte por fin, Mia.

-Mi madre, Sofía Karedes -dijo Cris-. Mia Fredrickson.

-Permite que te presente a mi suegra -Sofía se volvió hacia la mujer que seguía sentada-. Angelena Karedes.

Mia pensó que debía de ser difícil que a alguien con una mirada tan penetrante se le pudiera pasar algo por alto.

-Mia -se limitó a decir la anciana con un leve asentimiento de cabeza.

-Mi hijo mayor, Stavros -dijo Sofía. Al volverse, Mia sintió que su corazón dejaba de latir.

¡No! El silencioso grito surgió de lo más profundo de su alma. No era posible...

Tenía que haber un error. ¿Cómo era posible que el hermano de Cris y el hombre con el que había pasado aquella increíble noche de sexo desenfrenado fueran la misma persona?

Sin embargo, no había duda al respecto. Sus rasgos faciales, su altura, su fuerte mandíbula, sus ojos oscuros, aquella sensual y seductora boca.., eran los mismos.

El mero recuerdo de lo sucedido entre ellos hizo que sintiera que los huesos se le empezaban a derretir. El instinto la impulsó a girar sobre sí misma para salir corriendo, pero se contuvo a base de coraje.

-Mia.

Su nombre en los labios de aquel hombre hizo que la sangre corriera rauda por sus venas y acalorara su cuerpo. A pesar de todo,

logró asentir levemente con la cabeza.

¿Habría captado su incomodidad? O peor aún, ¿la habrían captado los demás?

Se enfureció con el destino por ser tan injusto. Ya había tenido bastante con asumir que había tirado por la borda las ideas morales que había sustentado durante toda su vida de adulta y que estaba embarazada de un desconocido.

Pero aquélla era la peor pesadilla imaginable.

Capítulo 2

MlA hizo un esfuerzo sobrehumano por calmarse y conservar la compostura.

-Stavros -murmuró.

Stavros era un hombre de unos treinta y cinco años de apariencia sofisticada y con aspecto de estar acostumbrado a todo tipo de sutilezas sociales.

Sin embargo, Mia había captado un destello del hombre que había tras aquella fachada... alguien que había destruido sus elaboradas defensas con una facilidad inusitada. Y lo peor era que ella le había permitido que lo hiciera.

De manera que se llamaba Mia, pensó Stavros. Era la mujer que había logrado obsesionarlo como no lo había hecho ninguna otra. Haber disfrutado de ella aquella inolvidable noche lo había vuelto loco de anhelo.

¿Tendría idea de cómo se sintió al despertar y descubrir que ya no estaba a su lado?

¿O de sus inútiles esfuerzos posteriores por tratar de localizarla?

Había ocasiones en que se preguntaba si lo habría soñado todo, pero lo cierto era que recordaba con detalle su aroma, la delicadeza de su piel bajo sus manos bajo su boca.

Y la respuesta de ella, la sorpresa, la sensualidad que demostró, su generosidad al entregarse a él tan completamente.

Mia captó el momentáneo oscurecimiento de la mirada de Stavros, su ligero matiz burlón y algo más que no fue capaz de definir. ¿Rabia? ¿Por qué rabia?

-Siéntate, por favor -Sofía señaló una silla cercana y Mia obedeció, aliviada.

-¿Qué te apetece beber?

Mia habría bebido algo fuerte, pero en su estado no podía hacerlo.

-Un vaso de soda, o agua mineral, por favor -dijo, muy consciente de la atenta mirada de Cris y de la abuela de éste.

-Cris nos ha hablado muy bien de ti -dijo Sofía tras servirle agua en un vaso.

-Asistimos juntos a varias clases en la universidad.

-¿Cuántos años tienes? -preguntó sin preámbulos Angelena Karedes, que se ganó una silenciosa mirada de protesta por parte de Sofía.

-Veintisiete -contestó Mia mientras se preguntaba si las cosas podrían empeorar aún-. ¿Quiere ver mi carné de conducir?

Los ojos de la anciana brillaron.

-Veo que eres muy atrevida. Eso me gusta -entrecerró los ojos-. ¿Qué ves en mi nieto de diecinueve años?

Mia alzó levemente la barbilla.

-Un amigo.

-Hmm.

-Ya basta, abuela -dijo Stavros cariñosamente-. Estás avergonzando a nuestra invitada.

Angelena miró atentamente a Mia.

-¿Estás avergonzada, niña?

-¿Le gustaría que lo estuviera?

-La comida está servida.

El oportuno anuncio de Costas hizo que Mia sintiera un ligero alivio. Pero apenas le duró, pues cuando se sentó descubrió que la habían situado frente a Stavros. Probablemente con intención de que éste pudiera echar un buen vistazo a la amiga de su hermano pequeño para deducir si había algún motivo interesado en aquella amistad.

Aquel hombre la afectaba mental y emocionalmente. Era casi como si cada célula de su cuerpo lo reconociera a un nivel primario, básico, y tuvo que esforzarse por mantener la compostura, algo realmente complicado teniéndolo tan cerca.

La idea de tener que comer hizo que se sintiera enferma, pero los buenos modales le exigieron probar un poco de cada plato.

-¿Eres una de esas estudiantes perpetuas empeñadas en obtener éxitos académicos sin llevar nunca la teoría a la práctica?

-Si hubiera sabido que iba a interesarse tanto por mí, podría haber traído mi currículum para que lo inspeccionara.

«El primer asalto para mí», pensó Mia, y oyó la suave risa de Cris.

-¿Vas a dejarlo ya, abuela?

Angelena alzó una ceja.

-¿Me has visto alguna vez dejar algo? -preguntó, y de inmediato volvió a prestar su atención a Mia-. ¿En qué terreno trabajabas antes de elegir graduarte en farmacia?

-Era asesora de cosméticos.

-¿En unos grandes almacenes?

-Enseñaba a los pacientes de cirugía a utilizar los cosméticos para minimizar las desfiguraciones faciales.

-Supongo que era una actividad gratificante -dijo Sofía,

interesada-. ¿Trabajabas también con niños, o sólo con adultos?

-Con ambos.

Cuando llegaron los postres, Mia se limitó a tomar fruta.

Una hora más, pensó, y podría alegar que debía irse.

-¿Estás decidida a seducir a mi nieto?

¡Menuda pregunta!

Stavros deslizó un dedo por el borde de su vaso de vino mientras esperaba a ver cómo manejaba Mia aquella pregunta.

-No.

-Supones un cambio refrescante respecto a las otras cazafortunas, empeñadas en atraer la atención de mi nieto.

Mia agradeció una vez más la llegada del mayordomo.

-El café está servido en el salón, señora.

Afortunadamente, la tarde parecía haber llegado casi a su fin. Mia empezaba a sentirse como un espécimen siendo diseccionado bajo un microscopio.

Cuando terminó de tomar su café, se levantó, dio las gracias a Sofía y Angelena y se volvió hacia Cris.

-¿Te importaría pedirme un taxi?

-No seas ridícula -protestó él de inmediato.

-Yo llevaré a Mia a casa -dijo Stavros.

Un silencioso grito surgió y murió en la garganta de Mia. ¡Oh, no! No quería estar a solas con él. ¡No quería tener nada que ver con él.

-Puedo ir perfectamente en taxi -dijo, y trató de suavizar su tono con una educada sonrisa.

Pero si creía que iba a escaparse fácilmente, estaba equivocada. Stavros se levantó y besó a su abuela y a su madre en la mejilla.

-Buenas noches. Estaré en contacto.

Mia lanzó a Cris una mirada desesperada, pero éste alzó una ceja como preguntando cuál era el problema.

¡Si él supiera!

-No hacía falta que te molestaras -dijo Mia unos minutos después mientras Stavros le abría la puerta del coche.

-¿Quieres inquietar a mi madre empezando una discusión en la entrada de su casa?

Mia le dedicó una torva mirada antes de entrar. Cuando Stavros ocupó el asiento del pasajero a su lado estuvo a punto de salir corriendo.

-Acepto que me lleves hasta la parada de taxis más cercana.

-¿Tienes miedo, Mia? -preguntó Stavros mientras hacia avanzar el Mercedes hacia la entrada.

-No -replicó ella.
-Deberías tenerlo.
-No veo por qué.
-¿No? ¿Acaso quieres hacerme creer que lo que compartimos fue una simple aventura de una noche?
El corazón de Mia latió con fuerza en su pecho.
-Algo así.
-De eso nada.
Mia habría abofeteado a Stavros si éste no hubiera ido conduciendo.
-Hay una parada de taxis en Double Bay. Puedes dejarme ahí.
Stavros apretó el volante con más fuerza de la necesaria. Algo primario se agitó en su interior al pensar que había sido el primer amante de Mia. Reprimió el deseo que surgió de inmediato. Ya no era un adolescente incapaz de controlarse. Pero aquella mujer tenía la capacidad de poner a prueba su control, cosa que lo irritaba. Los recuerdos que tenía de ella le habían impedido dormir bien muchas noches y lo habían estropeado para cualquier otra mujer con la que pudiera haberse acostado. Y había varias entre las que podía elegir.
Pero el recuerdo de Mia le había impedido disfrutar de ellas.
-Te llevaré a casa cuando hayamos hablado.
-No tenemos nada de que hablar.
Stavros detuvo el coche ante un semáforo y se volvió hacia ella.
-Claro que tenemos cosas de que hablar.
-¿Sueles insistir en diseccionar lo sucedido con todas las mujeres con que te acuestas?
El semáforo cambió y Stavros pisó el acelerador sin decir nada. Finalmente detuvo el coche ante la entrada del hotel Ritz Carlton, pidió al mozo del hotel que lo aparcara y luego condujo a Mia hasta la cafetería. Un camarero los condujo hasta una mesa, tomó nota de lo que querían beber y se fue.
-¿Podemos acabar con esto cuanto antes? -preguntó Mia con toda la frialdad que pudo.
-¿Por qué te fuiste?
Mia bajó la mirada instintivamente. Habían pasado doce semanas después de aquella fatídica noche y sin embargo no había olvidado el más mínimo detalle de lo sucedido, la magia de las caricias de Stavros, las emociones que despertó en ella...
¿Cómo iba a haber sido capaz de quedarse y mirarlo a la cara por la mañana? Le habría resultado imposible levantarse, vestirse, compartir el desayuno con él y luego marcharse como si no hubiera pasado nada.

Aquella increíble experiencia había cambiado por completo su vida.

-No había motivo para que me quedara.

-No me dijiste tu nombre ni me dejaste tu número de teléfono. ¿Por qué?

-No sabía que hubiera un protocolo a seguir. ¿Qué te habría gustado que escribiera en la nota? ¿Que habías estado magnífico? ¿Que me llamaras para repetir la experiencia? ¿Habría alimentado eso lo suficiente tu ego? ¿Habría calmado tu conciencia?

Stavros no se movió, pero Mia intuyó que estaba tenso como un muelle.

-Me entregaste tu virginidad. Eso tuvo que significar algo.

Mia apenas pudo reprimir un estremecimiento al recordar la incredulidad de Stavros, la maldición que masculló y la delicadeza con que a continuación le hizo conocer un placer que jamás habría creído posible.

-No fue para tanto -mintió.

-¿No?

-El preservativo se rompió, ¿recuerdas?

El camarero se acercó a dejar las bebidas.

-Y si no estabas tomando nada, supongo que evitaste cualquier posibilidad de embarazo tomando la pastilla del día después, ¿no? -dijo Stavros.

-No lo consideré necesario -«estúpidamente», añadió para sí Mia.

-¿Y fue innecesario?

¡Cielo santo! ¿Cómo iba a responder a aquello!

La mirada de Stavros se oscureció mientras el silencio se prolongaba entre ellos.

-¿Mia? -insistió.

-Mi cuerpo es mi responsabilidad -contestó ella con toda la calma que pudo.

-Te recuerdo que no estabas sola en la cama?

-¿Qué quieres que diga? ¿Acaso temes que te meta en un litigio por paternidad y que te exija una fuerte compensación económica a cambio de no acudir a la prensa para arrastrar el nombre Karedes por el fango?

-No estaría mal que empezaras por contarme la verdad.

Mia sostuvo la mirada de Stavros. ¿La verdad?

-Me hice la prueba del embarazo hace tres semanas y el médico me confirmó el resultado positivo al día siguiente.

Stavros esperó un momento antes de ha

-¿Y no pensabas decírmelo?

-Al igual que no sabías mi nombre, tú tampoco me diste el tuyo.

-¿Has…?

-¿Abortado? No. Este niño es responsabilidad mía.

-También mía. Me aseguraré de que tengas un buen médico y me ocuparé de todos los gastos.

-No quiero nada de ti.

-Si crees que voy a huir de mi ciudad, estás equivocada.

-No tienes derecho a…

-Sí lo tengo.

Mia no había pensado en ningún momento en la posibilidad de compartir al niño.

-Tengo intención de criarlo sola.

-No.

-No eres tú quien tiene que tomar esa decisión.

-El niño llevará el apellido Karedes.

-Fredrickson -corrigió Mia.

-Karedes -insistió Stavros.

-Ya que no tengo intención de cambiar mi apellido, el que aparecerá en su certificado de nacimiento será Fredrickson -Mia se levantó y tomó su bolso-. Ha sido una tarde memorable. Tu abuela sospecha que estoy jugando con Cris y ha sido implacable en su interrogatorio. Por si eso no fuera poco, tú me obligas a acompañarte para seguir donde ella lo ha dejado.

-Siéntate.

-Vete al diablo.

-Siéntate, por favor.

El «por favor» casi ablandó a Mia, pero se mantuvo firme.

-Voy a pedir al conserje que llame a un taxi. Si tratas de detenerme…

-¿Qué harás? -preguntó Stavros en tono irónico.

-Llamar a seguridad y denunciarte por acoso.

-Será mejor que te lo pienses.

-¿Por qué? Estás empeñado en retenerme contra mi voluntad.

-Habría sido mejor mantener esta conversación en privado.

-Ya hemos dicho todo lo que había que decir.

-No. No lo hemos hecho.

Mia estaba cansada, le dolía la cabeza y ya se había hartado.

-Es muy sencillo. Voy a tener el bebé. No quiero tu ayuda, ni económica ni de ninguna clase. Y preferiría no volver a verte.

-Negarte a verme no es una opción -dijo Stavros con calma-. Y tampoco lo es renunciar a mi ayuda.

A Mia no le gustó su actitud imperturbable. Pero Stavros

Karedes no tenía ningún poder sobre ella, ni medios para obligarla a hacer lo que no quería.

De manera que, ¿por qué tenía la sensación de que estaba empeñado en controlar la situación? Con o sin su consentimiento.

Era una locura.

Sin decir nada, giró sobre sus talones y fue a recepción para que le pidieran un taxi.

Cuando ya se alejaba en él vio que Stavros salía del hotel y movía una mano a modo de despedida antes de entrar en su coche.

Cualquier sensación de triunfo se desvaneció cuando Mia se hizo consciente de que Stavros Karedes ya sabía quién era y dónde vivía su hermana. Su anonimato ya no existía.

Capítulo 3

-¿EL tipo con el que te acostaste y el hermano de Cris son el mismo? Estás bromeando, ¿no? -preguntó Alice con expresión desconcertada mientras almorzaban en un café cercano al puerto.

Estaban celebrando que a Mia le habían confirmado una sustitución de tres semanas en una farmacia local. También existía la posibilidad de que le ofrecieran un trabajo a tiempo parcial durante las vacaciones de verano.

-Increíble -añadió Alice, moviendo la cabeza.

Mia suspiró.

-Fue una tarde realmente memorable -dijo con ironía-. A la abuela de Cris sólo le faltaba echar fuego por la boca.

-Un auténtico dragón, ¿no?

-Oh, sí. Desde luego.

-¿Y? -insistió Alice.

Mia suspiró.

-Stavros se empeñó en llevarme a casa. En el camino paramos a tomar café y a hablar. Le conté la verdad. El me ofreció su ayuda y yo la rechacé. Luego, me fui y pedí un taxi.

-No creo que ésa fuera la mejor táctica.

-Me pareció que era lo mejor que podía hacer.

-¿Y qué va a suceder ahora?

-Espero que nada.

-¿Crees que ese hombre va a pasar por alto el hecho de que lleves un heredero Karedes en tu vientre? -preguntó Alice con expresión incrédula.

Mia consideraba que aquel bebé era su responsabilidad y, por tanto, que sus decisiones eran las únicas que contaban.

Pero ya no le quedaba más remedio que aceptar que el padre del niño también quería tomar parte activa en su vida. Lo que significaba que Stavros Karedes se entrometería en la de ella. Algo que necesitaba tanto como un tiro en la cabeza.

-¿Eres consciente de quién es Stavros Karedes y del poder que tiene en esta ciudad? -preguntó Alice.

Mia sintió un escalofrío. ¿Por qué tenía la sensación de estar perdiendo una batalla que ni siquiera había comenzado?

Pero todo lo que debía hacer era mantenerse firme. Aunque Stavros poseyera algunos derechos, sin duda estos serían limitados.

-Soy independiente y tengo derecho a tomar mis propias

decisiones.

La herencia de sus padres había permitido a Mia poseer una cartera de inversiones y comprar un apartamento que en aquellos momentos tenía alquilado.

-En lo que se refiere a ti, sí -dijo Alice, preocupada-. Pero en lo referente al niño, Stavros Karedes puede insistir en que se le hagan pruebas de DNA, y cuando se demuestre su paternidad, tendrá derechos legales respecto a su custodia y educación.

Mia se puso pálida. Alice trabajaba como ayudante de varios abogados y sabía de qué hablaba.

-¿Y qué sugieres que haga?

-Establecer una relación cordial con Karedes.

-¿Te has vuelto loca?

-No sería conveniente que se convirtiera en tu enemigo.

Mia gimió en silencio. ¿Cómo había podido ser tan tonta como para llegar a creer que tenía controlada la situación? ¿Y cómo iba a mantener una relación «cordial» con Stavros Karedes?

Pero no quería pensar en ello.

Miró su reloj.

-Deberíamos ir a comprar algo antes de ir a recoger a Matt a la escuela.

-Sospecho que tratas de dejar la conversación.

-Lo has captado.

Alice alzó ambas manos en señal de derrota

-De acuerdo, de acuerdo.

-Sabes que valoro tu opinión y tus consejos, Alice, pero preferiría no pasar el rato tratando de adivinar cuál va ser el siguiente movimiento de Stavros Karedes.

-En ese caso, disfrutemos lo posible del resto del día, ¿de acuerdo?

El teléfono de Mia sonó unos minutos después de que salieran del café.

-¿Mia? Soy Cris -su voz manifestó un evidente tono de diversión-. ¿Qué sucedió ayer con Stavros y contigo?

-Podrías haberme rescatado.

-Me pareció que lo estabas haciendo muy bien tú solita.

-Tú crees?

-Si fuera heterosexual casi me habría puesto celoso por la rapidez con que actuó mi hermano. De manera que te llevó a casa y...

-No hubo ningún «y».

-Claro que no. Pero...

-Me fui y tomé un taxi.
Cris rió con suavidad.
-Ninguna mujer deja plantado a Stavros Karedes.
-Pues ésta lo hizo.
-Ojalá hubiera estado allí.
-¿La tomaron contigo?
-Desde luego -dijo Cris sin perder el buen humor-. La abuela me soltó un sermón sobre nuestra diferencia de edades, mis estudios y el honor de mi familia. Mamá añadió sus preocupaciones y Stavros me ha sometido a una de sus escalofriantes miradas durante el desayuno. Tiene tu número de teléfono, por cierto.
-¿Se lo diste? -preguntó Mia, incrédula.
-¿Te importa?
-¡Claro que me importa!
-Oh, lo siento. ¿Quieres que trate de quitárselo?
Mia suspiró.
-No. Ahora tengo que dejarte. Estoy de compras con Alice.
-De acuerdo. Que lo pases bien.
-¿Era Cris? -preguntó Alice cuando Mia colgó. Cuando su hermana asintió, sonrió y añadió-: Creo que necesitamos una seria terapia de rebajas.
-O eso, o una sobredosis de chocolate.

Eran más de las cuatro cuando regresaron a casa. Matt estaba estudiando y Alice y Mia estaban a punto de empezar a preparar la cena cuando llamaron al timbre.
Alice fue a abrir y regresó unos momentos después con un gran ramo de rosas.
-Son para ti.
Mia sintió que se le encogía el estómago mientras leía la tarjeta que acompañaba a las flores. En ella sólo aparecía un nombre.
Stavros.
Entregó la tarjeta a su hermana a la vez que suspiraba.
-¿Qué te parece si nos olvidamos de preparar la cena y salimos a por unas hamburguesas? -sugirió-. Yo invito.
-¡Sí! -exclamó Matt desde su cuarto.
-Antes termina tus deberes -dijo Alice.
Mientras iban a la hamburguesería, Mia apagó su móvil.
-¿Crees que eso va a servir de algo? -preguntó Alice.
-Al menos es algo que puedo controlar.
El entusiasmo de Matt por salirse de la rutina era contagioso, y

su tendencia al buen humor hizo que no dejaran de reír durante el trayecto de regreso a casa.

Hasta que llegaron y Mia vio el Mercedes de Stavros aparcado.

-Guau -dijo Matt, admirado-. Ese cochazo está aparcado justo delante de casa.

Mia maldijo en silencio mientras trataba de controlar sus repentinos nervios al ver que Stavros salía del coche.

-Déjame salir antes de que metas el coche en el garaje -dijo a su hermana-. Voy a librarme de él.

-Sé prudente.

Mia salió del coche y se volvió hacia Stavros mientras la puerta del garaje se cerraba a sus espaldas.

Era tan alto, tenía los hombros tan anchos... Aquel hombre era demasiado. Los vaqueros y la camisa que habían sustituido al traje del día anterior no disminuían en lo más mínimo el aura de poder y fuerza que lo rodeaba.

Mia contó hasta cinco para tratar de controlar los latidos de su corazón.

A veces, el ataque era la mejor forma de defensa.

-¿Qué haces aquí?

-No me has dejado más opción que venir. El contestador de tu hermana no estaba activado y tu móvil tampoco.

-Estábamos fuera. Anoche ya dijimos todo lo que había que decir.

-No -dijo Stavros-. No es así. Te fuiste antes de que acabáramos de hablar.

Mia apretó los puños.

-No tengo nada más que decirte.

Stavros miró a su alrededor.

-Sugiero que tengamos esta conversación en otro sitio.

-¿Por qué?

Mia era increíblemente consciente de la sensual alquimia de aquel hombre y del efecto que ejercía sobre ella. Potente, devastador e infinitamente peligroso. Recordaba con detalle sus besos, sus caricias, lo que la hizo sentir...

Pero no quería entrar en aquello. No quería recordar. No a la luz del día. Ya era bastante malo verse perseguida y poseída por los recuerdos durante la noche.

-Vamos a tener un hijo.

-Soy yo la que está embarazada -dijo Mia con firmeza-. Soy yo la que lo va a parir, la que lo va a alimentar y cuidar.

-Más motivo aún para que nos tomemos el tiempo necesario

para conocernos mejor.

-Creo que de eso ya nos hemos ocupado.

Stavros alzó una ceja.

-Una noche de intimidad no constituye una relación.

-No va a haber ninguna relación.

-De amistad -corrigió Stavros-. Sería un comienzo, ¿no te parece?

-¿Un comienzo de qué? ¿Vamos a compartir una comida ocasional y a observar el protocolo social? No creo.

-¿De qué tienes miedo?

-No creo que fuera a servir para nada.

-No has respondido a mi pregunta.

Mia oyó un ruido a sus espaldas y se volvió. Alice estaba en la puerta con una educada sonrisa en su atractivo rostro.

-Hola, soy Alice. Tú debes de ser Stavros -la sonrisa se ensanchó un poco-. He pensado que tal vez os gustaría seguir con la conversación dentro mientras tomáis un café.

«¿Café? ¿Dentro? ¿Te has vuelto loca?», preguntó Mia en silencio.

-Gracias -dijo Stavros.

Afortunadamente, el entusiasmo de Matt sirvió de distracción mientras Mia seguía a Alice a la cocina.

-Traidora -susurró mientras sacaba platos y tazas.

-No podíais seguir ahí fuera indefinidamente.

-¿Quieres apostar algo?

El café estuvo listo enseguida y Matt se puso de pie de un salto en cuanto Alice apareció en el cuarto de estar.

-Stavros tiene un yate -dijo con ojos brillantes-. ¡Y adivina qué! ¡Ha dicho que podemos ir todos con él el próximo domingo! Si no hay problema, claro.

-Es muy amable por su parte.

«¿Amable?» Mia dedicó a Stavros una torva mirada para hacerle saber que sabía exactamente a qué estaba jugando.

-Podemos ir, ¿verdad? -insistió Matt.

Mia vio que Alice se estaba ablandando rápidamente.

-¿Mia? -dijo Alice, volviéndose hacia ella.

Aquello era auténtica lealtad fraterna, pues daba a Mia la oportunidad de rechazar la propuesta. Por el ligero reto evidente en la mirada de Stavros, estaba claro que esperaba que rechazara la invitación.

-¿Cómo iba a ser yo la que decepcionara a mi sobrino favorito? -dijo finalmente.

Matt soltó un grito de júbilo y empezó a dar botes de alegría.

Un día en compañía de Stavros. A fin de cuentas estaría con Alice y Matt, se dijo Mia, de manera que no podía ser tan malo.

Stavros terminó su café y se puso en pie.

-Pasaré a recogeros el domingo a las nueve, ¿de acuerdo?

«Misión cumplida», pensó Mia mientras Alice lo acompañaba a la puerta y ella se ocupaba de llevar las tazas a la cocina.

Alice se reunió con ella unos momentos después.

-No te contengas -dijo Mia, y su hermana puso los ojos en blanco.

-Si te sirve de algo que te lo diga, no creo que tengas la más mínima oportunidad de alejar a ese hombre de tu vida.

-¿Y has llegado a esa conclusión después de haber pasado tan sólo diez minutos en su compañía?

-Intuición -dijo Alice a la vez que miraba su reloj-. Voy a preparar a Matt para la cama. Dame diez minutos.

-¿Quieres más café? ¿O té?

-Un té estará bien.

Mia se ocupó de prepararlo y estaba sirviéndolo cuando Alice entró en la cocina.

-Nos llevamos las tazas al cuarto de estar y ponemos una película, ¿o quieres hablar?

Mia dedicó a su hermana una compungida sonrisa.

-Prefiero ver una película.

-De acuerdo.

Se sentaron cómodamente ante el televisor y, cuando terminaron de ver la película, se acostaron.

Capítulo 4

EL domingo por la mañana, el sol brillaba en un cielo totalmente despejado. Soplaba una cálida brisa mientras Stavros maniobraba el barco para sacarlo del puerto.

«Guau!», había sido la exclamación de aprecio de Matt cuando Stavros los había llevado hasta el barco aquella mañana.

Mia estuvo de acuerdo. El barco era lo suficientemente cómodo como para que varios pasajeros deambularan cómodamente por su cubierta. Además estaba espléndidamente diseñado. Era un barco que sólo podía permitirse alguien con mucho dinero.

-Podrías vivir aquí e ir a cualquier parte -dijo Matt, que no se despegaba de Stavros.

-No suelo tener oportunidad de utilizarlo a menudo. Casi siempre está alquilado para el entretenimiento privado.

A un precio exorbitante, sin duda, pensó Mia.

-Matt parece haber elegido a Stavros como su nuevo ídolo -dijo Mia.

-No suele tener mucha oportunidad de estar con hombres.

-Pues hoy está con dos -dijo Mia mientras Cris se ocupaba del timón para que Stavros pudiera señalar a Matt los lugares de interés junto a los que pasaban.

Debía admitir que parecía tener una empatía natural con su sobrino, al que había dado toda la información sobre el barco. A pesar del tamaño de éste, Mia se sentía atrapada en el barco sin posibilidad de escape. Esperaba que no se notara su tensión emocional.

Stavros, el centro de su existencia, estaba allí, y ella era increíblemente consciente de cada uno de sus movimientos, de cada una de sus miradas. Estar tan cerca de él hacia revivir la química que habían compartido, hasta hacerla casi palpable.

Era enloquecedor ser tan consciente de su presencia, conservar un recuerdo tan intenso de lo que había sentido entre sus brazos, de su aroma, de su sabor. Y lo peor era saber que anhelaba sus caricias de un modo que encontraba desconcertante.

¿Sabría Stavros lo que estaba sintiendo? ¡Esperaba que no!

-¡Venid a ver esto, mamá, Mia! -exclamó Matt, haciéndoles señas para que se acercaran.

Mia siguió a Alice hasta la proa del barco.

-¿Veis esa casa? -preguntó Matt, excitado-. Stavros dice que ahí

vivió un antiguo presidente.

Mia notó que Stavros se había movido hasta situarse a su lado. Demasiado cerca, pensó cuando le rozó un brazo al señalar la casa perteneciente a una famosa actriz australiana.

¿Habría sido un roce deliberado?

Sus dudas desaparecieron segundos después cuando Stavros deslizó una mano en torno a su cintura y luego la deslizó por su espalda hasta apoyarla en su hombro.

Para un observador habría sido algo intrascendente, pero Mia sintió que cada célula de su cuerpo revivía.

¿Qué le pasaba? No era posible que una persona pudiera ejercer un efecto tan devastador sobre otra... ¿o sí?

Quería apartarse, pero necesitaba quedarse. Al menos para demostrar que podía hacerlo.

Stavros Karedes sabía muy bien lo que estaba haciendo y ella se negaba a concederle esa satisfacción.

Pero, a pesar de su aparente calma exterior, era un manojo de nervios. Podría haberlo matado por someterla a aquella tensión... ¡y lo haría en cuanto surgiera la más mínima oportunidad!

Como si hubiera leído sus pensamientos, Stavros se apartó de ella y apoyó una mano en un hombro de Matt.

-¿Qué te parece si sustituimos a Cris en el timón?

-¿Nosotros? ¿Tú y yo? -preguntó Matt, emocionado.

-Por supuesto. ¿Qué te parece?

El rostro de Matt reflejó el orgullo y la euforia que sentía mientras Stavros le permitía sentir el poder del barco bajo sus manos mientras sostenía el timón.

-No hay duda de que sabe como llegar al corazón de un jovencito -murmuró Mia cuando Cris se reunió con ella.

-¿Acaso temes que utilice tácticas similares para llegar al tuyo?

-No estoy interesada en los detalles del barco.

Cris dejó de sonreír.

-Stavros tiene reputación de ser un hábil negociador, y puede ser increíblemente tenaz cuando pretende conseguir algo.

-¿Por qué me dices eso?

-Porque quiere conseguirte -el motor del barco se detuvo en aquel momento y Cris miró su reloj-. Hemos parado para almorzar.

Alice había insistido en llevar una cesta de picnic llena de sándwiches, ensalada y pastel casero. Stavros aportó las bebidas frías del frigorífico del barco.

Comieron relajadamente sentados a una mesa en la cubierta del barco. Matt estaba en su elemento y no paró de hacer preguntas a

Stavros y a Cris sobre coches, barcos y los países que habían visitado.

-¿Y tú, Mia? -dijo Stavros con aparente despreocupación-. ¿Hay algún lugar que te guste especialmente?

-Nueva York, Hawai -Mia miró a Alice con afecto-. París.

-Es una ciudad maravillosa -confirmó Cris-. La gente es amistosa, la comida magnífica y el ambiente genial. Sobre todo en el sur.

-Mia habla francés. También practica las artes marciales -dijo Matt, orgulloso-. Mamá y yo fuimos a verla competir. ¡Es formidable!

Mia soportó la mirada de interés de Stavros con ecuanimidad.

-¿Algún otro talento oculto? -preguntó él y, al ver que ella no contestaba, se volvió hacia Alice.

-¿Acaso esperas que ponga en riesgo mi vida? -preguntó Alice con una sonrisa.

La sensual boca de Stavros se curvó en una divertida sonrisa.

-¿Lealtad familiar?

-Instinto de conservación -replicó Mia en nombre de su hermana.

En retrospectiva, fue un día agradable y ameno y Mia disfrutó viendo a su hermana tan relajada mientras Matt disfrutaba tanto. Aquello compensó sus nervios por haber pasado tantas horas en compañía de Stavros.

¿Sabría éste cuanto la afectaba su presencia? Esperaba que no. Pero su innata honradez la impulsaba a reconocer que quería volver a experimentar la emoción... el éxtasis que había experimentado entre sus brazos.

¿Cómo podía ser tan vulnerable? ¿Tan débil? Era ridículo.

Consecuentemente, sintió un gran alivio cuando finalmente atracaron en el puerto.

-¿Necesitas limpiar la sentina? -preguntó Matt mientras desembarcaban, claramente ansioso por ayudar.

Stavros le revolvió el pelo.

-De eso se ocupan los empleados del puerto. Pero, si quieres, puedes acompañarme a devolver las llaves a las oficinas mientras Cris acompaña a tu madre y a Mia al coche.

-Creo que ha pasado de ser un ídolo a un dios -murmuró Mia cuando fueron al aparcamiento.

-Matt es un gran chico -dijo Cris mientras abría el maletero para guardar las cosas-. Volveremos a salir con él.

-Sois muy amables -dijo Alice, entusiasmada-. Lo ha pasado de maravilla. Todos lo hemos pasado de maravilla.

Mia reprimió un gruñido de protesta.

¿Qué esperanzas tenía de reducir al mínimo su contacto con Stavros si éste tenía a Alice y a Matt de su lado.

Unos minutos después vio a Stavros y a Matt caminando hacia ellos. Su estómago se encogió al verlos juntos y su mente dio un salto hacia el futuro, a los años en que Stavros empezaría a pasar tiempo con su hijo o hija.

Vio con toda claridad cómo se lo subiría al hombro, las risas y la diversión que compartirían. Además del amor y el afecto.

Sin embargo, sería un hijo emocionalmente dividido entre ambos, y acabaría resentido por no pertenecer a una familia ni a la otra.

No era una imagen precisamente ideal y, por un momento, se sintió apabullada ante sus implicaciones para el futuro.

La excitada voz de Matt la hizo salir de su ensimismamiento y sonrió con afecto según se acercaban.

Al notar que Stavros la miraba atentamente a los ojos, agradeció llevar las gafas de sol puestas.

Eran casi las seis cuando Stavros detuvo el coche ante la casa de Alice. Aún quedaban unas horas de sol y Mia decidió proponer a Matt unas partidas de ajedrez. Así podría centrar su mente en algo que no fuera el poderoso hombre empeñado en volver su vida del revés.

-Gracias por un maravilloso día -dijeron Alice y Matt al unísono, y Stavros sonrió cuando Mia añadió su agradecimiento.

-Tengo entradas para una exposición en una galería privada para el martes por la tarde. Parte de las ganancias serán donadas a una de las organizaciones benéficas que patrocina la familia Karedes. Me gustaría invitaros a ambas.

Mia rogó en silencio para que Alice dijera que no contaba con nadie para quedarse con Matt aquel día, pero vio que su hermana sonreía cálidamente.

-Nos encantaría. Además, se supone que ese día Matt va a quedarse a dormir en casa de un amigo. ¿Te importa que me asegure? Mia te llamará para confirmar si podemos ir.

-Por supuesto.

Mia giró sobre sus talones y fue hasta el maletero del coche para sacar la cesta de picnic. Stavros la acompañó.

-No estás jugando limpio -lo acusó en voz baja.

-¿No? -Stavros abrió el maletero y ambos alargaron una mano

hacia la cesta al unísono.

Los dedos de Stavros rozaron los de Mia y ésta apartó la mano como si se hubiera quemado.

-Estaré en contacto -murmuró Stavros mientras ella se alejaba de nuevo hacia la casa.

Mia no miró atrás mientras Stavros arrancaba su coche, ni se unió a los saludos de despedida de Alice y Matt.

-¡Ha sido un día fantástico! -dijo Matt unos momentos después, ya dentro de la casa-. Ese barco es fantástico. Y Stavros es un gran tipo. Me gusta.

-Ve a lavarte mientras Mia y yo preparamos algo para cenar -dijo Alice.

-Sí, mamá.

-Tienes cara de querer ahogarme -dijo Alice en cuanto Matt fue a su dormitorio.

-¿Tan obvio es? -ironizó Mia.

-Soy tu hermana, ¿recuerdas?

-Preferiría reducir al mínimo los contactos con Stavros.

-¿No te das cuenta de que no va a renunciar?

-No tengo intención de aceptar cada una de sus invitaciones sólo porque... -Mia se interrumpió y Alice concluyó la frase por ella.

-¿Sólo porque estás embarazada de él?

-¡Sí, maldita sea!

-¿Preferirías ir sola a la exposición?

-Sabes que no.

La entrada de Matt en la cocina hizo que tuvieran que interrumpir la conversación.

Aquella noche, la poderosa imagen de Stavros volvió a invadir los sueños de Mia y le hizo revivir los ardientes recuerdos de la desenfrenada noche que compartieron, dejándola con una profunda sensación de anhelo y frustración al despertar.

Mientras miraba en torno a la elegante galería, Mia pensó que el principal propósito de la mayoría de los asistentes a la exposición, pertenecientes a la élite social de la ciudad, era ser vistos en acontecimientos como aquél.

La galería exponía los cuadros de tres conocidos pintores del país.

-Cuánto me alegro de verte por aquí, Alice.

Mia miró al hombre que había saludado a su hermana y sonrió cuando ésta hizo las presentaciones.

-Te presento a Craig Mitchell, mi jefe.

Mia notó el ligero rubor que cubrió las mejillas de su hermana y alzó una ceja con expresión especulativa cuando el hombre se alejó.

-No quiero comentarios -advirtió Alice en voz baja, y Mia sonrió.

-¿Algún interés oculto?

-No.

Y las vacas volaban, pensó Mia mientras dedicaba a su hermana una especulativa mirada.

-Es toda una reunión, ¿verdad? -dijo Alice.

Mia asintió.

-Debe de estar toda la «gente guapa» de la ciudad con sus mejores galas.

-Hablando del rey de Roma -susurró Alice-, una de las mujeres más deslumbrantes que hay en la galería se encamina hacia nosotros.

Mia pensó que la palabra «deslumbrante» era muy adecuada. Alta, con el pelo largo y negro, de rasgos clásicos y con un precioso y ceñido vestido negro, debía de tratarse de una modelo, o algo parecido.

-Stavros...

El tono posesivo que utilizó la mujer irritó de inmediato a Mia.

Stavros se volvió hacia la belleza morena y sonrió educadamente.

-Anouska.

Dominaba tan bien el arte de las relaciones sociales, que era difícil saber si aquella mujer era una amiga, una conocida, o una amante.

Anouska miró a Cris.

-¿En casa de vacaciones?

-Sí.

Anouska volvió a prestar su atención a Stavros.

-¿Amigas de fuera? -preguntó a la vez que arqueaba una ceja.

-Te presento a Mia y a su hermana Alice.

Anouska sonrió levemente mientras miraba a Mia.

-¿Debería conocerte?

-Mia es... -empezó Cris.

-La madre de mi futuro hijo -concluyó Stavros por él.

Mia sintió que todo desaparecía de su visión periférica. De pronto sólo existía el pequeño grupo de cinco personas en que se hallaba.

La ilusión duró sólo unos segundos y se rompió cuando Stavros la tomó de la mano y se la llevó a los labios para besarla.

¿Qué estaba haciendo?

Se prometió vengarse a la primera oportunidad.

Cris simuló un silencioso silbido mientras Alice contenía el aliento.

-Tu sentido del humor es un tanto raro, querido -protestó Anouska.

-No tenía intención de bromear -dijo Stavros, imperturbable.

Mia trató de liberar su mano, pero él se lo impidió.

-Pues la has mantenido muy bien oculta -dijo Anouska con un brillo malévolo en la mirada-. No he oído hacer el más mínimo comentario a ninguna de las mujeres que han tenido... algún significado especial en tu vida.

-Es comprensible -tras una significativa pausa, Stavros añadió-. Sobre todo porque suele gustarme mantener mi vida íntima en privado.

Anouska arqueó una ceja.

-En ese caso, ¿me equivoco al asumir que va a haber una boda muy pronto?

-Eso sucederá en cuanto consiga convencer a Mia de que haga de mi un hombre honesto.

-Cosa que no sucederá nunca -aclaró Mia de inmediato.

-¿Serías capaz de perderte un partido como Stavros? Asombroso -dijo Anouska.

-Sí -contestó Mia con dulzura-. Mi escala de valores tiende a lo inusual. Y ahora, si me disculpas -añadió con una sonrisa-, voy a dar una vuelta para ver los cuadros.

Stavros la acompañó sin soltarla de la mano.

-¿Se puede saber a qué ha venido eso? -espetó ella en cuanto se alejaron. El sonrió.

-Digamos que estaba poniendo las cosas en su sitio.

-¿En serio? ¿Y se puede saber por qué?

-No tengo motivos para ocultar el hecho de que vayamos a tener un hijo.

-Estaré de vuelta en Brisbane antes de que mi embarazo sea visible.

-De eso nada.

-¿Disculpa?

-Ya me has oído.

La mirada de Mia brilló de indignación.

-Tengo que...

-Acabar la carrera a finales del año que viene -concluyó Stavros por ella-. Eso es algo que puede arreglarse desde aquí. Al igual que

lo de la sustitución en la farmacia.

-¿Has estado haciendo averiguaciones?

-¿Acaso creías que no iba a hacerlas? -preguntó Stavros burlonamente.

-No tienes derecho a...

-Claro que lo tengo.

-Cuando el niño haya nacido -dijo Mia, tensa.

Cuando trató de liberar su mano de la de Stavros, éste se lo impidió.

-¿Tanto te cuesta presentar un frente unido?

Mia trató de calmarse.

-No me gusta andarme con juegos.

-¿Quién ha dicho que esto sea un juego?

Mia tragó con esfuerzo, intensamente consciente de la proximidad de Stavros. Era demasiado fácil imaginar su poderoso cuerpo bajo el elegante traje que vestía, los anchos hombros, las estrechas caderas, el vientre, duro como una tabla, el firme trasero...

-¿Me negarías el placer de ver a nuestro hijo creciendo en tu interior?

Mia se acaloró ante el mero recuerdo de su concepción. Aquello era demasiado. Aquel hombre era demasiado.

-Anunciándolo públicamente, me has unido inevitablemente a ti, algo que podrías haber evitado fácilmente -Mia sostuvo la mirada de Stavros mientras decía aquello-. ¿Por qué lo has hecho?

-Para asegurarme de que quede claro a quién perteneces. O a quién debo mi lealtad -añadió Stavros con una sonrisa.

Mia permaneció en silencio mientras centraban su atención en los cuadros ante los que estaban pasando.

¿Sería consciente Stavros de su estado emocional, del torbellino que despertaba en su interior... y en sus hormonas?

-¿Qué te parece este paisaje? -preguntó él unos momentos después.

Mia se fijó en los atrevidos cofres del lienzo, que describían una ambigua escena que desataba la imaginación.

-Necesitaría una habitación para él solo -dijo.

La conversación derivó hacia el arte, un terreno mucho más seguro que el de las emociones, y Stavros demostró estar muy al tanto de las características de los pintores que exponían en la galería.

-Tengo entradas para asistir el jueves por la tarde a la representación de The Merry Widow -dijo cuando terminaron de ver

todos los cuadros.

-¿Me estás invitando a salir? -preguntó Mia.

-Sí. ¿Necesitas pensártelo?

Al ver la burlona mirada de Stavros, Mia le dedicó una brillante sonrisa.

-No. Me apetece ir al teatro.

En aquel momento destelló un flash junto a ellos, seguido de otros cuantos. Stavros Karedes era un hombre conocido en la ciudad y, sin duda alguna, su foto aparecería en la prensa al día siguiente. La presencia de una desconocida a su lado despertaría toda clase de conjeturas. Mia se preguntó cuánto tardaría en extenderse el rumor y cuánta información real aparecería entre la falsa.

¿Y cómo reaccionaría la madre de Stavros cuando se enterara?

-Mi madre, mi abuela y Cris están al tanto de la situación.

Mia se quedó anonadada al oír a Stavros.

-¿Acaso sabes leer la mente?

-Tu rostro es muy expresivo.

-Gracias -respondió Mia irónicamente.

-Naturalmente, están deseando volver a verte.

-Creo que no estoy en condiciones de someterme a otro interrogatorio.

Stavros rió, sorprendiéndola.

-Prometo no dejarte a solas con ellas.

-Eso es lo que me preocupa.

-Mi madre te adorará. Lleva muchos años deseando un nieto. Y aunque parezca lo contrario, Angelena es un pedazo de pan.

-Quién lo diría -murmuró Mia.

Fue un auténtico alivio que terminara aquella tarde. Cuando regresaron a casa, Mia rogó para que Stavros no aceptara la invitación de Alice para entrar a beber algo.

-Te lo agradezco -dijo Stavros-, pero mañana tengo que tomar un avión a primera hora para Melbourne. En otra ocasión.

En cuanto entraron en casa, Mia se quitó los zapatos de tacón con un suspiro de alivio.

Alice la imitó.

-¿Quieres hablar? -preguntó.

Mia se sentía emocional y físicamente exhausta. La tensión de todo lo que estaba sucediendo le estaba pasando factura.

-¿Te importa que lo dejemos para otro momento?

-Claro que no, cariño. Pareces agotada. Lo mejor que puedes hacer es irte a la cama.

Mia besó a su hermana y fue a su habitación temiendo pasar

toda la noche en vela repasando los acontecimientos de la tarde.

Capítulo 5

EL jueves, Mia estaba en un mar de dudas respecto a lo que debía hacer con la cita.

Resultaba extraño saber que iba a salir con Stavros. Por una parte, quería echarse atrás, pero también sentía la tentación de acudir.

¿Qué problema podía haber? Asistirían a la función, luego Stavros la llevaría de vuelta a casa, ella le daría las gracias... y la tarde habría acabado.

«¿A quién crees que estás engañando?», se preguntó mientras se ponía el traje de chaqueta rojo que había elegido para la ocasión junto con unos zapatos de tacón y un mínimo de joyas.

Pero en cuanto estuvo en el coche con Stavros lamentó haber acudido. La mera presencia de aquel hombre y la intensa química sexual que era capaz de generar la afectaban de un modo totalmente irracional.

El destino y las circunstancias los habían reunido en una ocasión y parecían empeñados en seguir haciéndolo.

-¿Cuándo has vuelto de Melbourne? -preguntó con intención de aliviar su tensión cuando Stavros detuvo el coche ante un semáforo.

-En el último vuelo de la tarde.

-¿Te ha ido bien la reunión?

-Sí.

-Supongo que viajas a menudo.

-Es parte de mi trabajo como director de las empresas Karedes.

¿Tendría una mujer esperando en cada ciudad que visitaba?

-No.

La negativa de Stavros sorprendió a Mia. ¿Acaso podía leer su mente?

-¿Disculpa?

-No meto a las mujeres en mi cama indiscriminadamente.

-¿Esperas que crea que fui una excepción?

-Fue una noche especial para ambos.

Mia recordaba cada segundo de aquella noche... la sensación de cosquilleo en la nuca, el momento en que se encontraron sus miradas y sintió que una poderosa descarga eléctrica la dejaba paralizada en el sitio...

Stavros se acercó para charlar con ella... y no se apartó de su lado durante el resto de la noche. Después, ella aceptó su invitación

para tomar algo en la cafetería del hotel en que se alojaba Stavros. Entonces ya era consciente de cómo quería que acabara la tarde, de la excitación, la aprensión, la pasión...

Mia fijó su atención más allá de la ventanilla del coche y permaneció en silencio hasta que llegaron al vestíbulo del teatro, en el que circulaban varios camareros ofreciendo champán y zumos a los asistentes.

Mia era muy consciente de las miradas de curiosidad que despertaba al ser vista en compañía de alguien tan conocido como Stavros, y cuando vio que Anouska se acercaba a ellos, lamentó no poder consumir algo más fuerte que un zumo.

-Hola, querido -dijo la modelo con el mismo tono sensual y sugerente que Mia recordaba del día de la exposición. Llevaba un vestido color mandarina sin mangas que moldeaba su esbelto cuerpo a la perfección... y su lenguaje corporal era el de una mujer en plena caza.

-Hola -saludó Mia educadamente.

-Oh, Mia... ¿o es Mary?

-Mia -la corrección fue hecha con un ligero énfasis que hizo entrecerrar los ojos a la modelo.

-Stavros... Es una lástima que no pudiera reunirme contigo en Melbourne, pero tenía una pasarela y ya sabes cómo son esas cosas. Tal vez en otra ocasión.

-No recuerdo que hubiéramos quedado en nada.

Anouska optó por ignorar la ironía del tono de Stavros.

-¿Desde cuándo hace falta que quedemos, querido? -protestó.

Mia respiró aliviada cuando sonó el timbre de aviso. Pero su alivio duró muy poco al ver que Anouska se sentaba junto a ellos. En concreto, junto a Stavros.

¡Todo iba de perlas! Allí estaba Stavros, con su querida a un lado y la madre de su futuro hijo al otro.

-¿Quieres que me vaya? -susurró Mia cuando la orquesta empezó a afinar sus instrumentos.

Stavros inclinó la cabeza hacia ella.

-Ni se te ocurra.

Estaba cerca. Demasiado cerca. Si volvía la cabeza, Mia estaba segura de que sus labios se rozarían.

-Ella está antes.

-No es cierto.

-¿Te crees que me importa?

Stavros la tomó de la mano, y cuando ella trató de soltarse se lo impidió. La respuesta de Mia fue clavarle las uñas, cosa que no

pareció afectarlo lo más mínimo.

El telón se alzó y, durante los siguientes minutos, Mia se concentró en la magia de la acción que se desarrollaba en escena y en el canto de los actores.

El descanso llegó demasiado pronto, rompiendo el embrujo.

Anouska se puso en pie.

-¿Salimos a tomar algo?

-Yo no -dijo Mia, y dedicó a Stavros una sonrisa-. Pero no te quedes por mí.

-¿Stavros? -dijo Anouska con un matiz de impaciencia que él prefirió ignorar.

-No esperes por nosotros.

Anouska se encogió imperceptiblemente de hombros y se fue.

-Andarse con jueguecitos tiene un precio -dijo Stavros.

-¿En serio? Anouska parece llevar un cartel en la frente que dice «mío» cada vez que está cerca de ti. No me digas que no lo has notado.

-Es dueña de una boutique en Double Bay y nos relacionamos socialmente. Nada más.

-¿De verdad?

-¿Me crees?

-Yo no he dicho eso.

-Si hubiera estado con otra mujer, nunca se me habría ocurrido...

-¿Seducirme? -concluyó Mia por él.

-Si no recuerdo mal, lo que sucedió entre nosotros aquella noche fue de mutuo acuerdo.

Aquella noche perseguiría a Mia durante el resto de su vida. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

-Tienes razón -murmuró. Stavros sonrió.

-Qué sincera eres.

Mia se puso en pie.

-Creo que necesito tonar un poco de aire. Sola -añadió al ver que Stavros también se levantaba.

-Olvídalo.

-No necesito que nadie me tome de la mano.

-Qué dura.

Los ojos de Mia brillaron de indignación.

-¡Eres un...!

Stavros la interrumpió con un beso que la dejó sin habla, sobre todo cuando sintió que sus lenguas se encontraban.

-Ya me has dejado plantado dos veces -murmuró después-. No

voy a permitir que lo hagas otra.

Mia fue incapaz de pronunciar palabra, pues en aquellos momentos no pasaba un solo pensamiento coherente por su cabeza.

Se dijo que le daba igual que hubiera gente mirándolos, pero era incómodamente consciente del rubor de sus mejillas cuando precedió a Stavros hasta el vestíbulo.

Cuando regresaron, y mientras volvía a alzarse el telón, Anouska le dedicó una mirada asesina, que Mia no fue capaz de olvidar hasta que acabó la representación.

En ocasiones había sido víctima de la envidia, incluso de los celos. Pero nada de lo que había experimentado se había acercado nunca al odio que había captado en la mirada de la modelo.

El mensaje era evidente: vigila tus espaldas.

Fue un alivio que acabara la obra y la gente rompiera aplaudir.

Cuando salieron, Anouska apoyó una mano en el brazo de Stavros.

-¿Tomamos café en el sitio de siempre?

-Creo que no -Stavros apartó su mano.

La modelo gimió zalameramente.

-No debe de ser muy divertido tener a tu querida embarazada -miró a Mia con aparente preocupación-. Los mareos matutinos, el cansancio... ¿qué tal lo llevas?

-Bien, gracias -respondió Mia con dulzura. Luego miró a Stavros-. Puedo ir a casa en taxi si quieres compartir un café con tus amigos.

-No.

Anouska sonrió coquetamente.

-Si a Mia le da igual y está dispuesta a ser liberal, ya sabes dónde estoy, querido -dijo antes de alejarse.

Mia y Stavros salieron unos momentos después del teatro y se encaminaron hacia el coche.

-¿Te apetece que vayamos a beber algo? -preguntó Stavros mientras se sumergía con el Mercedes en el tráfico de la ciudad.

-¿Por qué no? -dijo Mia en tono ligero. Ya que aquello había empezado como una cita, que acabara como tal.

-¿No vas a poner la condición de que no sea en uno de los lugares a los que le gusta ir a Anouska?

-Esperaba que eso lo dedujeras por ti mismo.

Stavros eligió una cafetería de moda en las afueras a la que llegaron en pocos minutos.

-¿Por qué no me hablas de ti? -preguntó después de que el camarero los atendiera.

-¿Qué quieres que te cuente?

-Por qué no empiezas desde el principio?

-¿No habías hecho que me investigaran? -preguntó Mia con ironía.

-Sé que elegiste estudiar Farmacia después de haber pasado varios años trabajando.

Mia suspiró.

-Nací, me crié y eduqué en Sydney, Alice es mi única hermana. Nuestros padres murieron en un accidente de avión cuando éramos adolescentes. Saqué el título de especialista en cosméticos y me comprometí con un médico para el que trabajaba -la siguiente parte era más complicada-. Yo quería esperar a la noche de bodas para mantener relaciones sexuales -se encogió de hombros con aparente despreocupación-. El aceptó, pero buscó otra mujer para desahogarse. Cuando lo descubrí, rompimos y me matriculé en la universidad de Brisbane -aquel era más o menos el resumen de su vida-. ¿Y tú?

Stavros contempló el rostro de Mia y sintió ganas de darle su merecido al hombre que sin duda la había hecho sufrir.

-Mis orígenes son griegos aunque nací en Perth. Estudié en Sydney y luego pasé dos años en Nueva York y otros dos en Atenas. Volví a Sydney cuando mi padre y mi abuelo murieron en un accidente de coche.

-No me has mencionado a las mujeres de tu vida -dijo Mia solemnemente.

Stavros sonrió.

-Seguro que esperas que diga que ha habido muchas, cuando lo cierto es que son menos de las que imaginas.

-Supongo que eso depende de la interpretación de la palabra «menos» -Mia terminó su té y miró su reloj-. Se está haciendo tarde.

-¿Qué te parece si cenamos juntos el sábado? -preguntó Stavros mientras regresaban.

-¿Otra cita? ¿Tan pronto?

-Considéralo un preparativo para la comida del domingo con Angelena y Sofía.

Por un momento Mia había olvidado la reunión.

-¿Estará Cris?

-¿Quieres que te devuelva el favor como aliado?

Mia se quedó petrificada. Stavros no podía saber...

-¿Acaso crees que no soy consciente de las tendencias sexuales de mi hermano?

Mia no sabía qué decir.

-Cris es un amigo.
-Tu lealtad hacia él es encomiable.
-Es una persona muy agradable.
-Lo es. Y haría cualquier cosa por protegerlo.
-Tal vez deberías decirle eso.
-Ya lo he hecho.
-¿Y tu madre y tu abuela? -preguntó Mia con cautela-. ¿Lo saben?
-Es Cris quien debe decírselo cuando se sienta preparado. Yo ya les he contado la verdad sobre nosotros -dijo Stavros mientras detenía el coche ante la casa de Alice. Al ver la expresión de inquietud de Mia, añadió-: Pero no te preocupes. Se fían de mi criterio -añadió con una sonrisa.
-¿En serio? -dijo Mia, irritada-. ¿Así como así?
-No tienen motivos para no fiarse.
-¿Estás seguro? -Mia no ocultó su escepticismo. Apretó los dientes al evocar la imagen de Angelena Karedes. ¡Superar la comida del domingo iba a ser más difícil que pasar por un campo de minas!
-Te tratarán con dignidad y respeto -dijo Stavros.
Al menos aparentemente. ¿Pero qué pensarían de verdad?
Mia soltó su cinturón de seguridad y fue a abrir la puerta.
-Olvidas algo.
Mia se volvió hacia Stavros, desconcertada.,
El tomó su rostro entre ambas manos y le dio un beso que dejó su compostura por los suelos. Habría sido tan fácil dejarse llevar, acariciarlo como deseaba que él la acariciara a ella...
-Yo... -susurró, casi desesperada- por favor -no podía quedarse. No se atrevía a quedarse
Stavros asintió con evidente esfuerzo.
-Vete -dijo con delicadeza-. Te llamaré cuando haya confirmado las reservas para el sábado.
Mia salió del coche y se encaminó hacia la casa sin mirar atrás. Cuando entró, se apoyó de espaldas contra la puerta y cerró los ojos.
Durante doce semanas había tratado de encontrar alguna explicación racional al comportamiento que tuvo aquella fatal noche con Stavros. Pero era obvio que las cosas habían empeorado con su reencuentro. Estaba atrapada. Estaba legalmente obligada a permitir que Stavros se relacionaba con su hijo, lo que implicaba que iban a verse regularmente.
Cualquier posibilidad de trasladarse, de iniciar una nueva vida y

criar al bebé por su cuenta se habían esfumado.

Stavros Karedes la encontraría fuera donde fuese e hiciera lo que hiciese. Era esa clase de hombre y estaba decidido a emplear los medios necesarios para conseguir su propósito.

No era justo, se dijo en iba a su dormitorio.

¿Pero quién había dicho justa?

Capítulo 6

-¿OTRA cita con Stavros? -bromeó Matt cuando Mia entró en el cuarto de estar unos minutos antes de la hora a la que había quedado en pasar a recogerla Stavros.

Aquella mañana había salido a hacer unas compras en las rebajas, algo que le había servido para distraerse y para poner al día su vestuario.

-No es una cita. Sólo hemos quedado para hablar -replicó con una sonrisa a la vez que besaba a su sobrino en la frente.

-Pues a mí me lo parece.

Mia frunció el ceño.

-¿Quieres que te lleve mañana por la mañana a montar a caballo?

-De acuerdo, no es una cita.

-Gracias.

-Dejadlo ya -los reprendió Alice, sonriente. Luego miró a su hermana de arriba abajo-. Estás fabulosa.

Mia había elegido un sencillo pero elegante vestido negro con zapatos de tacón a juego y se había maquillado lo justo.

-Realmente fabulosa -añadió Matt con expresión burlonamente admirativa.

-Eres una auténtica amenaza -dijo Mia con una sonrisa-. Que el cielo proteja a la población femenina dentro de diez años.

-¿Diez? Esperaba que fueran cinco.

En aquel momento oyeron que un coche se detenía ante la casa. Matt corrió a asomarse a la ventana.

-El está aquí -anunció.

Los nervios de Mia volvieron a aflorar al instante. ¿Cómo era posible experimentar una mezcla de emociones tan conflictivas? No tenía sentido.

Pero nada había tenido demasiado sentido desde el momento en que posó los ojos por primera vez sobre Stavros Karedes.

Sólo tuvo que mirarlo un momento mientras entraba en el cuarto de estar con Alice para que todo lo demás se esfumara de su visión y de su mente. Vestía un elegante traje oscuro con camisa azul clara y corbata de seda azul oscura.

-Hola -saludó.

Stavros le dedicó una inclinación de cabeza.

-Hola -replicó y miró a Matt con una sonrisa en los labios a la

vez que señalaba su frente-. ¿Qué es eso? ¿Pintura de guerra?

Matt se llevó una mano a la frente y frotó la marca del pintalabios de Mia.

-Mi tía me ha besado -explicó.

-Qué afortunado.

El ronco y burlón tono de Stavros hizo que un agradable cosquilleo recorriera el cuerpo de Mia.

-¿Nos vamos? -dijo de inmediato, para tratar de anular la sensación.

-Que os divirtáis -dijo Matt mientras salían.

El restaurante que había elegido Stavros estaba en un barrio céntrico. Era la clase de sitio en el que había que hacer reservas con varias semanas de antelación.

-El chef es amigo mío -explicó Stavros cuando ya estaban sentados para explicar el afectuoso recibimiento del que habían sido objeto.

Mia asintió mientras miraba en torno al pequeño y elegante restaurante.

A Stavros le habría gustado acariciarle la mejilla y deslizar el pulgar por sus labios.

Pero probablemente lo mordería silo hiciera.

Por un instante estuvo tentado de hacerlo de todos modos, pero no quería que Mia se enfadara y saliera a tomar el primer taxi que pasara.

No había duda de que era una mujer especial, pensó mientras simulaba concentrarse en la lista de vinos. Con ella no había falsas sonrisas, ni coquetería, ni intentos de seducción. Y también parecía darle igual su fortuna y posición social.

Poseía una belleza que procedía de su interior. Era evidente en su sonrisa, en el brillo de sus ojos castaños cuando estaba con su hermana y su sobrino.

Quería recuperar lo que compartieron aquella increíble noche. Necesitaba sentirla bajo su cuerpo, sobre él, inocentemente generosa, anhelante por complacerlo, dispuesta a todo...

-Supongo que habrás planeado algo para la comida de mañana, ¿no? -preguntó ella cuando el camarero se fue tras tomar nota de lo que querían comer.

-Angelena y Sofía están al tanto de los hechos y saben que seremos exclusivamente nosotros quienes tomemos las decisiones. Pero han hecho algunas sugerencias.

-No me atrevo a preguntar cuáles.

-En parte son las mismas que las mías. Podríamos casamos.

Mia estuvo a punto de atragantarse con el agua que estaba bebiendo.

-¿Disculpa?

-Casarnos. Supondría muchas ventajas en comparación con educar al niño entre dos padres con residencias distintas.

-Te has vuelto loco.

-¿Tú crees?

-¿Basas una decisión tan importante en una noche de buen sexo?

-No hay duda de que nuestra compatibilidad sexual supone una ventaja.

-No.

-¿No la consideras una ventaja?

-No voy a casarme contigo.

-¿Podrías explicarme por qué?

-Siempre sabría que me lo habías propuesto porque te sentías obligado a hacerlo.

-¿Estás segura de eso?

-Por supuesto.

-¿Y si te equivocas?

-Ya he pasado por eso. Estuve comprometida durante un año. Tal y como resultaron las cosas, tuve que llegar a la conclusión de que apenas conocía al hombre con el que iba a casarme.

-En ese caso, ven a vivir conmigo.

-¿Disculpa?

-Trasládate a mi casa, comparte mi vida y decide si casarte conmigo sería tan horrible.

-No creo que sea buena idea.

-¿Tienes miedo?

-Claro que no -mintió Mia. Si se iba a vivir con Stavros nunca querría marcharse, y ése era un lujo que no podía permitirse.

-Entonces, ¿qué tienes que perder?

Mia sabía que no se conformaría con una relación en la que, Stavros no pusiera su corazón y su alma.

-Estoy pasando las vacaciones en casa de Alice.

-Eso no es problema.

-¿No? ¿Y qué crees que debería hacer? ¿Ir a visitar a Alice y a Matt cuando no esté trabajando o durmiendo contigo? ¿Es así como vez el arreglo?

-No es mi intención imponer restricciones respecto a cuando y donde pases el tiempo con tu hermana.

-Pero esperas tener la prioridad -en aquel momento se acercó el camarero con el primer plato y Mia esperó a que se fuera-. ¿Siempre

consigues lo que quieres?

-Casi siempre -Stavros se apoyó contra el respaldo de su silla y la miró atentamente. Aquella mujer era algo especial... vibrante, atrevida, y demasiado independiente para su gusto.

-¿Por qué no me pones al tanto de las sugerencias de tu madre y tu abuela?

-¿Para estar lista?

-Imagino que tu madre será más cauta que tu abuela.

Stavros rió.

-Mi abuela está deseando que nazca un heredero Karedes legítimo. Mi madre sugiere que anunciemos un compromiso seguido rápidamente de la boda.

-Antes de que nazca el niño.

-Preferiblemente.

-¿Y tú estás dispuesto a llevar plan?

-Si no, no lo habría sugerido.

-De manera que mañana voy a tener que enfrentarme a los tres.

Stavros la miró pensativamente.

-¿Estás pensando en no asistir a la comida?

-No.

-Me alegra oír eso.

Mia bajó la mirada hacia la comida, distribuida en su plato con auténtico arte, y se preguntó si iba a ser capaz de hacerle justicia, pues de pronto sintió que se le revolvía el estómago.

Apenas tuvo tiempo de excusarse mientras se levantaba y acudía al baño todo lo deprisa que pudo sin perder la dignidad.

Unos minutos después, respiraba profundamente con las manos apoyadas en el estómago. Todo parecía ir bien ya, pero decidió esperar unos minutos para asegurarse.

Al oír que se abría la puerta se volvió y vio a Stavros en el umbral.

-No puedes entrar aquí -dijo

-Mírame -replicó él mientras avanzaba-. ¿Cómo estás?

-Bastante mejor. Volvamos a la mesa -Mia sonrió débilmente-. Me vendrá bien una taza de té.

Stavros encargó de inmediato el té a un camarero y, unos momentos después, Mia lo bebía, agradecida.

-¡Stavros! -dijo inesperadamente alguien junto a ellos -. ¡Qué casualidad encontrarte aquí!

Al volverse, Mia vio que se trataba de Anouska, que iba acompañada de un hombre de aspecto superficial y una sonrisa que parecía demasiado practicada. Murmuró un educado saludo.

-Tenemos una mesa reservada, ¿pero qué os parece si nos sentamos con vosotros? -sugirió la modelo.

-Estábamos a punto de irnos -dijo Stavros.

No era cierto, y Mia se preguntó si lo habría dicho para protegerla o porque no le agradaba el compañero de Anouska.

Fuera cual fuese el motivo, agradeció que Stavros llamara al camarero y le pidiera la cuenta.

-Es una lástima -dijo Anouska con un mohín-. Podríamos habernos divertido.

«Todo depende de lo que uno considere divertirse», pensó Mia mientras se ponía en pie y se despedía educadamente.

En el coche permaneció en silencio, contemplando el paisaje nocturno de la ciudad, las brillantes luces de neón, el tráfico.

-¿No tienes nada que decir? -preguntó Stavros al cabo de un rato.

-Gracias por haber decidido con tanta rapidez que nos fuéramos.

-¿Cómo te sientes?

-Bien -contestó Mia. Al menos físicamente. Emocionalmente era otra cuestión.

Unos minutos después, Stavros detenía el coche ante la casa de Alice.

-Nos vemos mañana -dijo Mia a la vez que alargaba una mano hacia la puerta.

Stavros se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla.

-Pasaré a recogerte al mediodía -deslizó el pulgar por el labio inferior de Mia, sintió su ligero temblor y volvió a apoyarse contra el respaldo del asiento-. Que duermas bien.

Mia bajó del coche y se encaminó hacia la casa. El coche de Stavros no se alejó hasta que hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

Mia se levantó temprano para llevar a Matt a su clase de montar. Cuando regresaron, y después de un agradable desayuno, Alice y Matt se prepararon para pasar el resto del día en la playa.

Cuando se fueron, aún era relativamente temprano y Mia aprovechó el rato para poner una lavadora y ocuparse de otras tareas de la casa.

Al día siguiente, empezaba a trabajar en la farmacia y decidió dejar ya preparada la ropa que se iba a poner. Después, fue a tomar una ducha.

¿Qué se ponía uno para entrar en batalla?, se preguntó más tarde, mientras trataba de elegir entre su vestuario.

La comida con los Karedes pendía sobre ella como un espectro, y finalmente optó por un vestido sin mangas de color verde jade con un amplio escote y una falda con una apertura lateral. Era femenino, de diseño moderno y le daba una imagen sofisticada.

Luego se maquilló discretamente, se hizo un moño francés y completó su atuendo con unos pendientes y unos zapatos de tacón.

Acababa de tomar su bolso cuando oyó que el coche de Stavros se detenía ante la casa. Respiró profundamente y fue a abrir la puerta. Había llegado la hora de la verdad.

-¿Cómo estás? -preguntó Stavros una vez que Mia estuvo sentada junto a él en el coche.

-Bien, aparte de sentirme como si estuviera a punto de entrar en la jaula de los leones.

Stavros sonrió.

-No pienso permitir que te devoren.

-¿Vas a defenderme con la espada de tu verbo? -preguntó Mia irónicamente.

-Cuenta con ello.

-Ah, mi caballero de brillante armadura.

Los ojos de Stavros brillaban cuando la tomó de la mano para besarla.

-Será un placer ser tu caballero.

El gesto y aquellas palabras hicieron que el pulso de Mia se acelerara, algo que disimuló con una sonrisa.

Cuando llegaron a casa de la madre de Stavros, éste aparcó junto a un Lexus dorado que se hallaba bajo el pórtico de la entrada.

-¿Lista para la batalla? -preguntó mientras ayudaba a Mia a salir.

Ella respiró profundamente y asintió. Les abrió el mayordomo, que los acompañó hasta el salón, donde ya se encontraban Sofía y Angelena.

-Stavros -dijo la abuela, que a continuación inclinó la cabeza en dirección a Mia sin decir nada.

-Abuela, mamá.

Evidentemente, la formalidad estaba a la orden del día, con cierta rigidez desaprobadora que no auguraba nada bueno.

Sofía ofreció una sonrisa conciliadora, probablemente para suavizar la severa actitud de Angelena.

-Sentaos y poneos cómodos -dijo.

Mia se preguntó cuánto tardaría en ser mencionado el propósito

de aquella reunión.

-La comida estará lista en poco rato -dijo Angelena-. Después, hablaremos de la situación que se ha planteado.

La urbanidad por encima de todo, pensó Mia. Por lo visto iban a alimentarla antes de lanzarla a los leones.

Casi fue un alivio que unos momentos después anunciara que la comida estaba lista. Pero, a pesar de que todos los platos tenían un aspecto suculento, Mia sentía que sus papilas gustativas se habían puesto en huelga.

Era intensamente consciente de Stavros sentado a su lado, de su proximidad, que sólo estaba sirviendo para ponerla aún más nerviosa.

-Apenas has comido nada -dijo Sofía con aparente preocupación-. ¿Prefieres alguna otra cosa?

-No, gracias. Estoy bien -contestó Mia, que lo último que quería era que el estómago le jugara una mala pasada en aquellas circunstancias.

-Yo tuve los antojos más absurdos cuando me quedé embarazada de Stavros -dijo Sofía con una sonrisa-. De pronto empezaron a apetecerme cosas que siempre había odiado.

-Tomaremos el café en el cuarto de estar-anunció Angelena cuando apareció un sirviente para recoger la mesa.

¡Empieza la diversión!, pensó Mia.

Efectivamente, Angelena no esperó ni un segundo para abordar el tema una vez que el café estuvo servido.

-Tenemos que hablar de planes.

-Que yo sepa no hay ningún plan -dijo Mia, que de inmediato recibió una severa mirada.

-Pero te casarás, por supuesto.

Mia contuvo el aliento un momento antes de hablar.

-No creo que el matrimonio sea un requisito imprescindible para tener o criar hijos.

-Somos Mia y yo los que tenemos que tomar la decisión, abuela -dijo Stavros con delicadeza.

La temperatura del cuarto de estar pareció bajar varios grados mientras Angelena se esforzaba por mantener la compostura.

-Encontraría totalmente inaceptable que un Karedes naciera fuera del matrimonio.

Mia se sintió de pronto trasladada al siglo XIX.

-No tengo intención de negar a mi hijo su lugar en la familia Karedes -dijo con calma-, pero no pienso dejarme coaccionar para aceptar un matrimonio que no quiero.

-¿Eres consciente de la importancia que tiene el apellido Karedes en este país?

Mia alzó ligeramente la barbilla.

-¿Tiene más importancia que la futura felicidad de un niño nacido en un matrimonio de conveniencia en el que ambos padres se sienten atrapados?

-Mi nieto es un hombre generoso y con una gran fortuna. Llevarás una vida plenamente satisfactoria con él y sin duda tendréis más hijos.

-¿Para fomentar la dinastía Karedes?

-Por supuesto -Angelena posó su penetrante mirada en su nieto-. Supongo que le has propuesto matrimonio, ¿no?

-Naturalmente -dijo Stavros-. ¿Creías que no lo haría?

-¿Y? -clamando la matriarca en tono imperioso.

-He rechazado su proposición -contestó Mia por Stavros.

La anciana abrió los ojos de par en par.

-¿Disculpa?

-¿Esperas que me comprometa con un hombre que no me ama, que viva con él, duerma con él y tenga hijos con él? -Mia hizo una breve pausa antes de continuar-. ¿Que mire a otro lado cuando se eche una o dos amantes? ¿Que acepte y disculpe su comportamiento?

Angelena la miró con expresión altiva

-¿Te atreves a acusar a Stavros de tales indiscreciones?

-No conozco a Stavros lo suficiente como para juzgarlo.

-No pensaste en eso cuando te metiste en la cama con él.

-El deseo de sexo era totalmente mutuo -corrigió Mia sin apartar la mirada-. Según tengo entendido, eso no es ningún crimen.

-Ya es suficiente, abuela -dijo Stavros.

-Estoy de acuerdo -declaró Sofía-. No empecemos con exigencias. En lugar de ello, deberíamos dar la bienvenida a la familia a Mia, ofrecerle nuestro apoyo tome la decisión que tome y dedicarnos a conocerla.

Mia sintió cierto alivio al pensar que podía contar con ella como aliada.

-Una excelente sugerencia -dijo Stavros mientras dejaba su taza en la mesa-. Y ahora, si nos disculpáis, Mia y yo tenemos planes para el resto del día.

Mia no lo sabía, pero decidió no protestar.

-Comprenderás que no pienso dejar el tema así, ¿verdad?

-En esta circunstancia no tienes opción, abuela -dijo Stavros con firme delicadeza-. Trata de no preocuparte demasiado, ¿de acuerdo?

Eran casi las tres cuando salieron y Mia se sentó en silencio en el coche de Stavros. ¿Estaría haciendo el tonto por negarse a contemplar la posibilidad de una vida con él? De todos modos se vería inevitablemente atada a él legalmente a través de los derechos de custodia. El matrimonio les daría estabilidad en varios sentidos... junto con la ventaja de poder compartir su cama.

Una oleada de calor recorrió su cuerpo al imaginar los placeres de los que podría disfrutar a su lado.

«¿Realmente basarías en el sexo una decisión tan importante?», susurró una vocecita en su interior. «¿Acaso te has vuelto loca?».

Pero ya no estaba tan segura de lo que tenía tan claro hacía veinticuatro horas.

-He pensado que podíamos ir hasta las playas del norte.

Mia se volvió hacia Stavros, consciente de su intensa sensualidad y de su poder.

-Podríamos tomar algo y luego ir al cine -añadió él.

-De acuerdo con lo de tomar algo, pero casi preferiría no ir al cine. Mañana empiezo a trabajar y querría acostarme pronto.

-Estarás de vuelta en casa de Alice a una hora totalmente respetable.

Mia detectó un matiz de humor en el tono de Stavros.

-¿No vas a discutir conmigo?

Stavros la miró un momento antes de volver la cabeza hacia la carretera.

-¿Serviría de algo que lo hiciera?

-No.

Stavros encendió el CD del coche y una delicada música invadió su interior. Era relajante, casi terapéutica, y Mia se preguntó si la utilizaría contra el estrés.

El trabajo de Stavros debía implicar toma de decisiones a alto nivel, lo cual siempre suponía una gran tensión para cualquiera.

Su físico denotaba que se cuidaba bien. ¿Practicaría algún deporte? ¿Sería jugador de equipo o preferiría un deporte solitario?

-Pregunta -dijo Stavros mientras detenía el coche en una intersección.

-¿Y tú contestarás?

-Mientras no me hagas más de veinte preguntas...

-Muy gracioso.

-¿Has cambiado de opinión?

-¿Viajas mucho?

-A menudo, tanto dentro como fuera del país.

-¿Pasas fuera largos periodos de tiempo?

-Normalmente no es necesario cuando estoy en Australia. Cuando viajo al extranjero puedo necesitar cuatro o cinco días para resolver los asuntos. Tal vez una semana. Durante unos años he rotado casi por igual entre Nueva York, Atenas, Tokio y Sydney.

-¿Sin un lugar que pudieras llamar tu casa?

-Tengo un apartamento en cada una de esas ciudades.

Mia pensó que debería haberlo adivinado.

-Supongo que es más cómodo que ir de hotel en hotel.

-Desde luego -«pero es mucho más solitario», podría haber añadido Stavros. Los largos vuelos, el apartamento vacío al final del día, la solitaria cama.., con tan sólo alguna selectiva excepción. El mundo de los negocios se había convertido en el centro de su vida a causa de su empeño en demostrar que era digno sucesor de su padre.

Hasta recientemente. Una noche había sido todo lo que había hecho falta para que se cuestionara sus prioridades.

Una mujer.

Que a causa del destino y de un preservativo roto se había quedado embarazada

¿Le creería si le dijera que la quería en su vida, que la necesitaba como no había necesitado a ninguna otra mujer?

-Con todos esos vuelos y reuniones a las que asistes, ¿qué haces para mantenerte en forma? -preguntó Mia.

-Práctico las artes marciales. Son buenas para la mente y el cuerpo.

A Mia no le sorprendió escuchar aquello.

Pasaron unas relajantes horas explorando las playas del norte y luego comieron marisco en un restaurante frente al mar.

Eran casi las diez cuando Stavros detuvo el coche ante la casa de Alice y tomó a Mia entre sus brazos para darle un beso cargado de anhelo y pasión que amenazó con desmoronar por completo el frágil control que ya apenas lograba ejercer sobre sí misma.

Fue Stavros el que se apartó finalmente de ella.

-Vete -dijo con voz ronca-. O te llevo a mi apartamento. Tú eliges.

-No puedo -susurró Mia, y supo que mentía. Habría sido tan fácil irse con él, tan fácil...

-En ese caso, vete ya.

Mia salió del coche y entró en casa de su hermana sin mirar atrás. Una vez en su dormitorio, se apoyó contra la puerta con los ojos cerrados y permaneció allí hasta que su respiración se sosegó.

Luego, se puso el pijama, se desmaquilló y se metió en la cama,

donde permaneció largo rato mirando al techo hasta que el sueño se apoderó de ella.

Capítulo 7

EL primer día de trabajo en la farmacia resultó muy agradable. El farmacéutico era un hombre cortés y amable, al igual que el otro dependiente que trabajaba cara al público.

Los clientes eran una heterogénea mezcla de personas de todas las edades y nacionalidades y el día fue interesante y variado.

Cuando terminó su jornada y salió, Mia encontró a Stavros esperándola.

-¿Qué haces aquí?

-¿Qué ha pasado con el saludo? -preguntó él burlonamente.

-No esperaba verte -dijo Mia, ruborizada.

-He pensado que te vendría bien que te llevara a casa.

-¿Ya empiezas a cuidar al heredero Karedes?

-Pasaré por alto ese comentario -Stavros entrecerró los ojos.

-Muy amable por tu parte.

Stavros señaló su coche.

-¿Quieres discutir?

-Siento que debería hacerlo, pero me contendré si me aseguras que no tienes intención de venir a recogerme a diario.

-Entra, Mia.

-Podría haber vuelto caminando -dijo ella una vez en el interior del coche.

-¿Eso es una objeción o un intento de discutir?

-Creo que ambas cosas.

-Deja que te lleve a casa. Después de que te cambies, te llevaré a cenar por ahí.

-Tú ve a cenar por ahí. Yo quiero tomar una ducha, picar algo y meterme en la cama.

-Puedes tener todo eso si quieres, incluyendo un exclusivo masaje de pies.

Mia cerró los ojos ante una perspectiva tan agradable. Cuando volvió a abrirlos, vio que ya estaban aparcando ante la casa de Alice, tras un Mercedes todoterreno con aspecto de ser nuevo.

¿Tendría alguna visita Alice?

-Es tuyo -dijo Stavros, señalándolo.

-No -negó Mia con firmeza.

-Insisto.

-No necesito un coche.

Stavros le entregó las llaves.

-Considéralo un regalo. Permíteme esa satisfacción.
-¿Por qué?
-Porque así dormiré más tranquilo. Y ahora, vamos.
-Alice ya habrá hecho la cena.
-No creo que le importe que te la pierdas.
A Alice no le importó en absoluto, de manera que Mia ya no pudo poner más objeciones. Se duchó rápidamente, se puso unos vaqueros, una camiseta, una cazadora y unas sandalias sin apenas tacón y volvieron a marcharse..
Stavros eligió un pequeño y agradable restaurante italiano que se hallaba bastante cerca.
-Gracias -dijo Mia, que había disfrutado comiendo los deliciosos tortellini acompañados con Chianti que les había recomendado el maître.
-¿Por? -preguntó Stavros.
-Por haberme traído aquí.
-Ha sido un placer -Stavros sonrió, pero se puso repentinamente serio al añadir-: Me temo que tengo que tomar el vuelo que sale para Nueva York hoy a última hora.
Mia lo miró atentamente y percibió cierta tensión en su expresión.
-¿Es algo que no tenías programado?
-No.
-¿Cuánto tiempo estarás fuera?
-Cuatro o cinco días -el camarero se acercó con los cafés que habían pedido. Stavros esperó a que se fuera para seguir hablando-: Tenemos invitaciones para asistir a una fiesta previa a las navidades el sábado por la tarde.
-«¿Tenemos?»
-Sí. ¿Vas a poner alguna objeción?
-¿Serviría de algo?
-Tengo intención de asistir y preferiría que me acompañaras.
Mia le dedicó una solemne sonrisa.
-En ese caso, acepto.
Stavros se ocupó de la cuenta y luego regresaron al coche.
-Gracias -dijo Mia cuando se detuvieron una vez más ante la casa de Alice-. Espero que todo te vaya bien en Nueva York -dijo a la vez que alargaba una mano hacia la puerta.
-No tan rápido.
-Stavros... -fuera lo que fuese lo que iba a decir Mia quedó silenciado bajó los labios de Stavros.
Fue un beso duro, apasionado, al que ella respondió rodeándolo

con los brazos por el cuello.

Pero aquello no le bastó, y apenas fue consciente del gemido de desesperación que surgió de su garganta cuando Stavros empezó a apartarse. Lo hizo despacio, con gran delicadeza, hasta que sus labios y su lengua sirvieron para calmarla en lugar de para incendiar sus sentidos.

Los ojos de Mia parecían dos estanques luminosos cuando lo miró.

Stavros le acarició la mejilla con ternura.

-Te llamaré.

Mia no fue capaz de pronunciar palabra. Se limitó a asentir antes de salir, y permaneció de pie en la acera hasta que el coche de Stavros se perdió en la distancia.

-¿Qué te parece si organizamos una barbacoa el domingo? -preguntó Alice a la mañana siguiente-. Sólo para algunos amigos cercanos. Invita a Stavros cuando te llame.

-Me parece buena idea -dijo Mia, que estaba a punto de salir a trabajar.

Cuando salió, contempló unos momentos el elegante y sólido Mercedes todo terreno que seguía donde lo había dejado Stavros, admiró su diseño.., y pasó junto a él sin detenerse.

Hacía un magnífico día para pasear. Su testarudez no tenía nada que ver con su decisión de no utilizarlo, se dijo... y supo que estaba mintiendo.

La mañana pasó rápidamente y al mediodía decidió acudir a un parque que había junto a la farmacia para comer un sándwich.

Estaba ojeando tranquilamente una revista mientras comía sentada en un banco arrullada por el canto de los pájaros cuando notó que alguien se detenía junto a ella.

-¿Disfrutando de tu almuerzo?

Al alzar la mirada vio con sorpresa que se trataba de Anouska.

Que la modelo apareciera allí precisamente a la hora de su almuerzo era demasiada coincidencia. Lo que significaba que Anouska había obtenido información de alguien. ¿Pero quién podía habérsela dado? Alice no, desde luego, y dudaba mucho que hubiera sido Stavros.

-Anouska -dijo a modo de saludo con toda la indiferencia que pudo-. ¿Pasabas casualmente por aquí? -añadió en tono irónico.

-No creo que seas tan inocente como para creer eso -replicó Anouska.

-Has venido para hablar de Stavros.
Anouska se miró un momento las uñas.
-Me gustan las chicas que van directas al grano.
Mia miró su reloj.
-¿Puedes resumir lo que quieres decirme en cinco minutos?
-No voy a necesitar tanto tiempo. Voy a sugerir a Stavros que insista en obtener una prueba de DNA. No me opongo a que mantenga a tu hijo, pero tengo intención de ser yo la que lleve su anillo en el dedo.
Mia se levantó y la miró con indiferencia.
-Si ya has terminado, tengo que volver al trabajo.
-Ándate con cuidado.
-Lo mismo digo, Anouska -dijo Mia mientras se alejaba.
La amenaza de la modelo era casi una broma, aunque Anouska parecía haber hablado muy en serio.
¿Por qué habría elegido a Stavros? Sin duda, debía de haber otros solteros ricos y atractivos entre la élite social de la ciudad.
Era posible que tuviera una fijación por un lazo emocional que ya no existía. Si es que alguna vez había existido.
La escena del parque se repitió en su mente varias veces a lo largo de la tarde, y fue un alivio que llegara la hora de irse de l farmacia.
Cuando llegó a casa, su sobrino la estaba esperando, anhelante. Le había prometido que iba a darle una vuelta en el Mercedes y no podía decepcionarlo. Pero el paseo no fue muy largo porque Matt tenía muchos deberes.
-Quiero un coche como ése en cuanto pueda sacarme el carné -dijo Matt con auténtico fervor cuando estuvieron de regreso.
-Sueña a lo grande, estudia mucho y tal vez lo consigas algún día -dijo Alice afectuosamente.
-¡Seguro que lo conseguiré!
Mientras tomaban un té y veían una divertida serie en la tele, Mia se planteó comentar con Alice la sorprendente aparición de Anouska en el parque.
Pero el momento pasó y no volvió a recordar el tema hasta que estuvo acostada. Mañana por la mañana, decidió, a punto de dormirse.
Pero aquella noche hubo un corte de luz y los despertadores no funcionaron, de manera que todos se levantaron más tarde de lo habitual y tuvieron que marcharse a toda prisa.
Cuando regresó a casa aquella tarde, encontró un ramo de rosas esperándola con una tarjeta de Stavros. Mientras le enviaba un

mensaje de texto dándole las gracias, su poderosa imagen surgió en su mente, produciéndole una cálida sensación.

Podía entender que Anouska lo quisiera para sí. ¿Qué mujer no lo habría querido? Pero no creía que un comportamiento obsesivo como el que estaba manifestando la modelo fuera el mejor método para conquistarlo.

Lo que la llevó a preguntarse hasta dónde estaría dispuesta a llegar Anouska.

No tuvo que esperar demasiado para averiguarlo. A la mañana siguiente, cuando salió para trabajar, Alice notó que dos de las ruedas del Mercedes estaban pinchadas.

-Anoche estaban perfectamente -dijo Matt, perplejo.

-Si fuera una sola rueda, podría tratarse de un pinchazo, ¿pero las dos?

-Yo me ocupo de llamar para que vengan a arreglarlo -dijo Mia-. Tú vete o llegarás tarde. Te llamaré luego.

Tras telefonear al taller más cercano, Mia fue caminando a la farmacia.

Cuando a media mañana, llamó al taller para ver cómo habían ido las cosas, le dijeron que las dos ruedas habían sido pinchadas intencionadamente y que no había más remedio que cambiarlas por unas nuevas.

Durante el almuerzo llamó a Alice para ponerla al tanto, pero respondió su jefe, Craig Mitchell.

-Soy Mia, la hermana de Alice.

-Te recuerdo. Nos conocimos la semana pasada en la exposición. Alice acaba de salir a buscar unos archivos. ¿Quieres que le diga que te llame?

-Dile que me llame al móvil, por favor -siguiendo un repentino impulso, Mia añadió-: ¿Estás libre el domingo al mediodía? Alice y yo vamos a organizar una barbacoa para unos amigos. Será una reunión informal y nos gustaría que asistieras.

-Muchas gracias. ¿Puedo contribuir llevando algo?

-Con que vayas tú bastará. ¿Tienes las señas?

-Sí.

-En ese caso, hasta el domingo.

Mientras terminaba su almuerzo, Mia se dijo que no estaba haciendo de casamentera. Tan sólo estaba dando un empujoncito al destino. Aunque seguro que su hermana no opinaría igual, pensó mientras aguardaba su llamada.

-¿A qué crees que estás jugando? -dijo su hermana sin preámbulos cuando llamó.

-Te parece mal que haya invitado a Craig?
-preguntó Mia inocentemente.
-Deberías habérmelo consultado antes.
-Para tener la oportunidad de buscar motivos para no invitarlo?
-Prefiero mantener separada mi vida profesional de mi vida privada.
-Es sólo una barbacoa con unos amigos.
-Y con Matt -dijo Alice-. ¿Has pensado en cómo puede afectarle la presencia de un desconocido en la casa?
-Craig es tu jefe.
-Y Matt no lo conoce. Sabes muy bien que no he salido con ningún hombre desde que David se fue.
-Puede que ya vaya siendo hora de que salgas con alguno. Y siento que te parezca un problema tan grave.
-No me entiendes.
-Crees que puedes manejar lo que sientes por Craig mientras vuestra relación siga siendo estrictamente profesional, pero no estás segura de lo que pasaría si vuestra relación se volviera más personal. ¿Es eso?
-Algo así -murmuró Alice-. ¿Has resuelto lo de las ruedas?
-Sí -Mia sonrió ante el repentino cambio de tema-. ¿Qué te parece si salimos con Matt a cenar por ahí? Yo invito.
-Debería cocinar...
-¿Por qué? Sueles cocinar cada noche. Podemos comprar algo de comida para llevar e ir a cenar a la orilla del mar.
-Ya sé por qué le gusta tanto a Matt que vengas aquí a pasar las vacaciones -dijo Alice con burlona severidad, y Mia rió.
-Comida rápida, sin platos, sin cubiertos... ¡Conmoción! ¡Horror!
-De acuerdo, de acuerdo. Saldremos. Nos vemos en casa.
El sol aún brillaba cuando Mia terminó su turno en la farmacia.
Estaba pensando en su hermana y en lo agradable que sería que tuviera un hombre en su vida. Merecía alguien que la protegiera, la cuidara y aceptara a Matt como suyo.
El marido de Alice había sido un manipulador cuya peor faceta afloró poco después de que se casaran. Ser padre no figuraba entre sus planes. Un día, al regresar a casa, Alice la encontró totalmente vacía. Después, hubo un complicado divorcio.
Un ligero ruido llamó su atención mientras caminaba y, al instante, sintió que alguien la sujetaba por los hombros y trataban de tirarla al suelo.
Mia se dejó llevar por el impulso y acabó en el suelo junto con su atacante. Este lanzó una patada que la alcanzó en las costillas,

con lo que ganó unos segundos para ponerse en pie.

Era joven y delgado, pero llevaba un pasamontañas cubriéndole el rostro. Señaló el bolso de Mia y al ver que ella no se lo entregaba trató de llevárselo.

Cualquiera con un poco de sangre fría se lo habría entregado, pero Mia estaba muy enfadada. Unió ambas manos y lanzó un duró golpe hacia arriba contra la mandíbula del joven. Este dio un grito de dolor y a continuación salió corriendo.

Mia se alegró más que nunca de su entrenamiento en artes marciales. Aún conservaba su bolso y su dignidad y, excepto por la patada en las costillas, estaba bien.

Un joven en una bicicleta se acercó a ella.

-¿Se encuentra bien, señorita? He visto al tipo. ¿Quiere que vaya tras él?

-No te molestes. Ya estará lejos.

-La acompaño a casa por si decide volver. Se aloja en casa de Matt, ¿verdad?

-Así es. Gracias por ofrecerte a acompáñame. Eres muy amable.

-No hay problema.

Cuando llegaron a casa de Alice, el joven se lanzó a explicar lo sucedido. Matt salió corriendo de su cuarto y a continuación hubo unos momentos de caos.

Alice insistió en que debían acudir al hospital y así lo hicieron unos minutos después a pesar de las protestas del Mia.

En el hospital apreciaron una contusión en sus costillas y le dieron el alta tras hacerle una ecografía y asegurarle que el feto no había sufrido ningún problema.

En el camino de vuelta a casa, se detuvieron a comprar unas pizzas, sugerencia de Mia, que fue recibida con auténtico entusiasmo por parte de Matt.

-Creo que voy a tomar una ducha -dijo Mia cuando terminaron de cenar. Las costillas le estaban doliendo bastante pero se negaba a tomar un analgésico-. No tardaré.

Cuando bajó diez minutos después se sorprendió al ver la seria expresión de Alice y de Matt.

-¿Qué sucede?

-Ha llamado Stavros -dijo Matt, cabizbajo-. Le he contado lo que te ha pasado y que hemos ido al hospital. Mamá me ha reñido por contárselo.

-Cuando le he quitado el teléfono de las manos, ya era demasiado tarde -explicó Alice.

-Lo siento -dijo Matt, con una seriedad exagerada para sus años-.

Había olvidado que Stavros estaba de viaje y que podría preocuparse.

-Yo le he dicho que estabas perfectamente -añadió Alice-. Va a volver a... -en aquel momento sonó el teléfono-. Será mejor que contestes tú misma. Y tú ve a ducharte, Matt.

Mia fue a descolgar.

-Hola.

-Alice me ha asegurado que estás bien -dijo Stavros sin preámbulos-. ¿Es cierto?

-El bebé está bien.

-Me alegra oír eso, pero no es lo que te he preguntado.

-Tengo un par de costillas contusionadas.

-¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado?

Mia lo hizo así y, cuando terminó, oyó que Stavros mascullaba una maldición.

-Es evidente que decidiste no ir en coche al trabajo.

-El coche tenía dos ruedas pinchadas. Ya me he ocupado de que las sustituyan.

Se produjo un momentáneo silencio al otro lado de la línea.

-¿Por qué tengo la sensación de que no me lo estás contando todo? -al ver que Mia no decía nada, Stavros añadió-: Supongo que has denunciado lo sucedido a la policía, ¿no?

-Aún no.

-Haré que Cris se ocupe de eso. Voy a tomar el próximo vuelo de regreso.

-¿Bromeas?

-Te llamaré mañana -dijo Stavros.

Mia sintió de pronto que ya había tenido suficiente.

-No hace ninguna falta -dijo, y colgó antes de que Stavros pudiera responder.

Cuando el teléfono sonó diez minutos después, Mia miró a Alice.

-Sí es Stavros dije que no quiero volver a hablar con él esta noche.

Pero era Cris.

-Veo que las noticias vuelan -dijo Mia cuando se puso, y oyó que Cris reía.

-¿Cómo estás?

-Bien. En serio.

-Me alegra oír eso. Pero hay que informar a la policía. Mañana por la mañana pasaré con alguien por ahí.

-Me voy a trabajar a las ocho.

-Tal vez deberías tomarte el día libre.

-Eso sería un tanto exagerado. Ahora voy a colgar y me voy a acostar, Cris. Buenas noches y gracias por la llamada.

Un rato después, mientras compartía con su hermana un té antes de acostarse, Mia dijo.

-¿Te has enfadado mucho por que haya invitado a Craig por mi cuenta para que venga el domingo?

-Más que enfadarme me he puesto nerviosa.

-Estarás con la familia y entre amigos. No vas a salir a solas con él.

Alice se puso pálida.

-No quiero ni pensar en eso.

-Tómatelo con calma -dijo Mia cariñosamente a la vez que se levantaba para irse a la cama.

-Estás segura de querer ir a trabajar mañana?

-Totalmente. Gracias por haberme llevado al hospital y por haberme cuidado tan bien, hermanita -Mia sonrió cálidamente-. Has estado magnífica.

Capítulo 8

A LA mañana siguiente, Mia decidió seguir el consejo de su hermana y acudió al trabajo en el Mercedes.

Una vez allí, envió un mensaje a Cris comunicándole que estaba en la farmacia y luego se puso a trabajar.

A media mañana, apareció Cris con un policía de paisano que le tomó declaración rápidamente.

Cuando regresó a la farmacia tras el descanso de la tarde, encontró a Stavros en el interior hablando con el dueño. Su expresión era impenetrable cuando se acercó a ella.

-Mia -murmuró a la vez que le acariciaba la mejilla-. Recoge tu bolso. Ya has terminado por hoy.

-Yo...

-Hazlo, por favor.

Mia quiso protestar, pero el instinto le aconsejó no hacerlo. Miró a su jefe, que asintió. A continuación tomó su bolso y salió con Stavros de la farmacia.

-¿Cómo es que has regresado tan pronto?

-Estaba en Los Ángeles cuando hablé contigo anoche.

Stavros se preguntó si Mia tendría idea de lo mal que lo había pasado temiendo por ella, imaginando lo peor. Las llamadas telefónicas no le habían bastado para tranquilizarse.

Apoyó las manos en sus hombros y luego las deslizó hasta tomar el rostro de Mia entre ellas.

-Cuando pienso en lo que podría haberte pasado... -dijo con voz ronca, y a continuación le dio un beso tan delicado como el roce del ala de una mariposa.

Mia tuvo que parpadear para alejar las lágrimas que afloraron a sus ojos.

-Estoy bien -murmuró, aunque sentía que se estaba derritiendo por dentro.

Stavros deslizó un dedo por su labio inferior, sintió cómo temblaba y se inclinó para besarla en el cuello. Quería desesperadamente lo que sabía que no debería tomar... y se dijo que le bastaba con abrazarla y besarla. De momento.

La besó con delicadeza en los labios y se apartó de ella.

Cuando había llegado a su apartamento había encontrado una copia del informe del hospital al que había acudido Mia y otra de la denuncia presentada ante la policía que Cris le había enviado por

fax. Entre ambas detallaban una narración que lo dejó helado y que hizo que aumentaran ciertas sospechas que contemplaba hacía un tiempo.

Si estaba en lo cierto...

Pero sólo un tonto actuaría antes de tener suficientes pruebas, y él no era ningún tonto.

No le llevaría mucho tiempo. Días.., tal vez una semana. Entonces se enfrentaría al asunto.

Entretanto se aseguraría de que alguien vigilara a Mia. Por su propia seguridad.

El sonido del claxon de un coche le hizo recordar que estaban en plena calle.

-Vámonos de aquí -murmuró.

-El todoterreno está aparcado en la parte de atrás -dijo Mia cuando Stavros la tomó de la mano.

-Vienes conmigo.

-A menos que estés dando un rodeo -comentó Mia unos minutos después-, me temo que vas por el camino equivocado.

-Vamos a mi casa -dijo Stavros-. Tengo un apartamento en Seaforth.

-Comprendo.

-¿Eso es todo?

-¿Qué quieres que diga? -preguntó Mia, consciente de la fuerza de los latidos de su corazón.

¿Sería inevitable aquella loca y casi salvaje sensación que Stavros era capaz de despertar en ella? Sentirse afectada hasta aquel extremo era una locura que no podía permitirse.

El edificio en que estaba el apartamento se hallaba en un alto desde el que había unas espléndidas vistas de Port Jackson, y Mia no dijo palabra mientras entraban en el aparcamiento.

Sabía que, si hubiera tenido un mínimo de sentido común, habría insistido en que regresaran a casa de Alice. Pero ya era demasiado tarde para eso.

Unos minutos después, entraban en el espacioso vestíbulo del apartamento, que daba a un gran salón maravillosamente amueblado y en el que abundaban los tonos beige y crema. Desde sus enormes ventanales se divisaba una espléndida vista.

-Es precioso -dijo Mia mientras Stavros se quitaba la chaqueta.

-Ven aquí -Stavros la tomó de la mano y tiró de ella con delicadeza hasta un sofá. De un solo y fluido movimiento se sentó en él con Mia en su regazo-. ¿Estás cómoda?

Mia aspiró su aroma a jabón y ropa limpia, a colonia. Era casi

imposible resistirse a la tentación de acurrucarse contra él y dejarse llevar, y contuvo el aliento mientras Stavros le apartaba un mechón de pelo de la frente.

Se sentía a salvo y segura estando con él. Como si nada ni nadie pudiera hacerle daño si permanecía a su lado.

Stavros rozó con los labios su frente a la vez que deslizaba una mano por su muslo hasta alcanzar su pie. En un instante, le había quitado los zapatos.

Un sonido mezcla de sorpresa y protesta escapó de entre los labios de Mia cuando Stavros tomó uno de sus pies y empezó a darle un masaje con los pulgares en la planta.

Mientras iba sintiendo el mágico efecto del masaje, Mia pensó que podría acostumbrarse fácilmente a aquello.

-¿Estás bien?

-¿Tratas de seducirme?

Stavros sonrió.

-¿Está funcionando?

-Creo que no debería responder a eso.

-¿Te apetece contarme lo que ha pasado estos días?

-No especialmente -Mia alzó la mirada para contemplar el rostro de Stavros. Estaba ligeramente demacrado, como si hubiera pasado por alguna situación especialmente tensa-. ¿Cuándo has dormido por última vez?

-¿Te preocupa mi bienestar, Mia?

Ella ignoró la pregunta.

-¿Tienes hambre?

-Menuda pregunta...

-Estoy hablando de comida.

-¿Quieres salir a comer algo’?

-Dependiendo de lo que tengas en tu nevera, podría preparar algo.

Stavros miró a Mia con expresión divertida.

-¿En serio?

Mia sabía que, si seguía entre sus brazos, su resistencia se desmoronaría, y quedarse con él no era una opción.

-Sí.

Pero no estaba preparada para el beso que le dio Stavros a continuación, para el lento y seductor roce de su lengua cuando le hizo entreabrir los labios para penetrar con ella en su boca. Y tampoco estaba preparada cuando, unos momentos después, se levantó y la puso cuidadosamente en pie ante él.

-¿Vamos a la cocina? -preguntó Mia, ligeramente desconcertada.

-A menos que hayas cambiado de opinión...

-Creo que la decisión más sabia sería que nos centráramos en algo doméstico -dijo Mia.

Stavros la tomó por la barbilla, la besó con delicadeza y dejó caer la mano.

-En ese caso, vayamos a la cocina.

-Voy a enviar un mensaje a Alice para decirle que no voy a cenar a casa.

La cocina era un sueño, con los últimos electrodomésticos aparecidos en el mercado y una nevera magníficamente provista. Mia preparó una pasta deliciosa con salsa, pan de ajo y una ensalada.

Fue muy agradable compartir la comida y recoger juntos después. Stavros hizo que la conversación fluyera con facilidad.., tanta, que Mia apenas se dio cuenta del paso del tiempo hasta que miró su reloj.

-Voy a pedir un taxi -dijo.

-De eso nada -Stavros fue a por las llaves de su coche mientras ella recogía su bolso.

Un rato después, se detenían junto al todo terreno.

-Pasaré a recogerte mañana a las seis y media -dijo Stavros después de dar a Mia un breve pero apasionado beso-. La fiesta de prenavidad, ¿recuerdas?

Cuando Mia puso su coche en marcha, Stavros la siguió hasta casa de Alice y no se fue hasta que vio que entraba.

La tarde estaba siendo un éxito completo, pensó Mia, de pie junto a Stavros en el gran salón de una preciosa casa en Woollabra.

Otros invitados bebían champán y disfrutaban de unos exquisitos canapés mientras charlaban con sus amigos.

-¿Te estás divirtiendo?

Mia alzó la mirada hacia Stavros y sonrió cálidamente.

-Desde luego.

La suave risa de Stavros hizo que una cálida sensación recorriera su cuerpo. Aquel hombre ejercía un efecto increíble sobre ella, y a veces tenía la absurda sensación de que ya se habían conocido en otra vida.

¿Sería posible que estuviera luchando contra lo inevitable?

Stavros la tomó de la mano y se la llevó a los labios para besarla.

-No cambies nunca, pequeña mía.

-¿Un cumplido? -Mia se llevó una mano al corazón-. ¡Estoy abrumada! -bromeó.

Stavros le mordisqueó los nudillos y luego deslizó la lengua por ellos.

-¿Serás tan valiente cuando te lleve a casa? -le besó la palma de la mano.

Una cálida oleada de sensaciones recorrió el cuerpo de Mia. Durante unos instantes fue incapaz de pronunciar palabra, pues su mente se había llenado de imágenes de la noche que pasaron juntos... y de la promesa que había en la sugerente mirada de Stavros.

-¿Tienes dudas? -murmuró él.

Mia cerró los ojos y volvió a abrirlos. La tentación de volver a estar con él, de disfrutar una vez más de la intimidad que compartieron era muy fuerte.

¿Llegaría a comprender alguna vez Stavros cuánto deseaba estar con él?

-Sí -dijo sinceramente-, porque nunca sería una sola noche.

-¿Y eso qué tendría de malo?

Mia no respondió. No podía.

-Stavros...

El corazón de Mia se encogió al oír el ya familiar ronroneo de la voz de Anouska junto a ellos.

Como de costumbre, llevaba un vestido que realzaba sus exuberantes formas. El de aquel día hacia especialmente evidentes sus generosos pechos.

-Qué alegría encontrarte aquí, querido. ¿Qué tal te ha ido por Nueva York?

Stavros no soltó la mano de Mia.

-Hola, Anouska.

Mia sonrió educadamente y apretó los dientes cuando la modelo deslizó una uña larga y pintada de rojo por la solapa de la chaqueta de Stavros.

-No me has llamado.

Stavros apartó la mano de Anouska de su chaqueta.

-Adoro esta época del año -añadió la modelo, imperturbable-. Hay tantas funciones... ¿Vas a asistir a la entrega de premios la semana que viene? -dedicó a Mia una mirada crítica-. Debe costarte encontrar ropa adecuada siendo tan pequeña. Ni siquiera creo que haya algo en mi boutique.

Mia no se arredró.

-Normalmente compro en la sección de adolescentes y dejo los

vestidos para la modista.

-¿Coses? -preguntó Anouska con una ceja alzada.

-No. Tengo una amiga que lo hace -dijo Mia. De hecho, se trataba de una conocida diseñadora cuya ropa se vendía en boutiques exclusivas como la de Anouska.

Estuvo a punto de reír ante la ironía de la situación.

La modelo miró a Stavros.

-¿Vas a ir a la fiesta que dan los Parkinson el miércoles por la tarde?

-Me temo que no -Stavros pasó un brazo en torno a la cintura de Mia-. ¿Nos disculpas?

Si las miradas hubieran podido matar, Mia habría caído fulminada allí mismo.

-Por supuesto -Anouska ocultó rápidamente el veneno de su mirada tras una experimentada sonrisa-. Que lo pases bien. Nos vemos luego.

Sin embargo, la modelo no era de las que dejaban pasar por alto una oportunidad, y logró entrometerse en más de una ocasión con un pretexto u otro.

-Pareces un poco cansada, querida. ¿Es demasiado para ti todo este ajetreo social?

El tono de voz de Anouska sonó tan falso, que Mia tuvo que hacer esfuerzos para no darle la respuesta que le habría gustado.

-Estoy segura de que nuestra anfitriona te acomodará en una de las habitaciones para invitados si quieres descansar un par de horas.

-Qué considerada -logró decir Mia educadamente, preguntándose si la otra mujer sabría hasta qué punto le estaba suponiendo un reto seguir siendo amable.

Stavros le acarició la mejilla y le dedicó una sonrisa arrebatadora.

-¿Nos vamos a casa? -dijo-. Vamos a buscar a los anfitriones para despedirnos.

Unos minutos después, se alejaban en coche de la casa.

-Anouska está colada por ti -dijo Mia.

-Sólo nos relacionamos socialmente. Nada más.

-Ella no parece opinar lo mismo.

-Jamás le he dado motivos para pensar lo contrario.

«Tal vez no», pensó Mia, insegura. Sin embargo, era obvio que Anouska no pensaba así. Hasta el punto de que su hiperactiva imaginación había creado algo que no existía.

Se preguntó si debía poner al tanto a Stavros sobre el incidente en el parque, pero decidió no hacerlo. Sabía cuidar de sí misma. A

fin de cuentas, llevaba años haciéndolo.

Sin embargo, sentía una persistente inquietud que no logró ignorar mientras una repentina lluvia empapaba el asfalto de la ciudad.

Al notar que se acercaban al barrio en que estaba el apartamento de Stavros, se volvió hacia él.

-No es justo -dijo.

-¿Que haya decidido venir directamente aquí? -preguntó él.

-Has dado por sentado que estaba de acuerdo.

-¿Y no lo estás?

Mia permaneció en silencio. «¿A qué estás esperando?», susurró una vocecita en su interior. «Seguiste tus instintos hace tres meses... ¿por qué no ahora?»

Además, su cuerpo sentía un anhelo que sólo Stavros podía calmar. Le consumía la necesidad de sentir sus caricias, su calor...

-Sí -murmuró.

Una vez en el apartamento, los nervios le atenazaron el estómago. Se volvió hacia Stavros, indecisa, mientras él recorría la distancia que los separaba.

Sin una palabra, la tomó con delicadeza por la barbilla y la besó en los labios con infinita ternura.

Mia se sintió como si por fin hubiera llegado a su hogar. Aquél era el lugar al que pertenecía, decidió mientras abría la boca para él, aturdida por las sensaciones que evocaba en ella.

Cerró los ojos y se entregó por completo a él, devolviéndole cada beso con un fervor que hizo que el calor creciera entre ellos hasta que necesitaron más, mucho más que el contacto oral.

Mia decidió que Stavros llevaba demasiada ropa. Con dedos urgentes, apartó su chaqueta y murmuró su aprobación cuando él terminó de quitársela y la arrojó al sillón más cercano. A continuación voló la corbata y luego Mia se ocupó de desabrocharle la camisa, que siguió el mismo camino.

Sin pensárselo dos veces, tomó uno de los pezones de Stavros en su boca, lo succionó y mordisqueó... y oyó su ronco gemido de placer.

Cuando le soltó el cinturón y le bajó la cremallera de los pantalones, se regocijó al sentir el tamaño y la fuerza de su erección. Los pantalones se deslizaron al suelo y, al apoyar la mano contra los calzoncillos de Stavros, Mia pudo notar perfectamente cómo crecía aún más.

-Esto está siendo un poco unilateral, ¿no te parece? -murmuró él con voz ronca a la vez que apoyaba los labios contra el cuello de

Mia, que se estremeció de placer al sentir la caricia.

Stavros terminó de desnudarse en un instante y luego bajó la cremallera del vestido de Mia, que se deslizó por sus hombros hasta la alfombra.

Todo lo que llevaba debajo eran unas braguitas tanga de seda, y Stavros deslizó un dedo por ellas hasta introducirlo entre sus piernas.

La caricia fue eléctrica, y Mia se estremeció cuando Stavros introdujo un dedo bajo la seda de sus braguitas para acariciar expertamente su sensibilizado clítoris. Las contracciones de un repentino orgasmo le hicieron aferrarse a él para no perder el equilibrio.

De un solo y fluido movimiento, Stavros la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, donde la tumbó sobre la cama.

A continuación, con gran delicadeza, acarició la zona amoratada del tórax de Mia a la vez que mascullaba algo ininteligible. Sin decir nada, inclinó la cabeza y le dio una serie de delicados besos en el moretón antes de enterrar el rostro entre sus pechos.

Tomó un pezón entre sus labios y lo succionó a la vez que volvía a deslizar una mano entre las piernas de Mia para seguir acariciándola. Cuando ella empezaba a temer enloquecer de deseo, él deslizó sus labios hasta la sensible intersección de sus piernas y le hizo separarlas para darle el beso más íntimo de todos, para saborearla y disfrutar dándole placer.

Después, cuando la penetró con infinito cuidado, el cálido y sensual gemido de placer que escapó de entre los labios de Mia estuvo a punto de hacerle perder el control. Enterró la boca en la curva de su cuello y sintió su respuesta cuando empezó a moverse, despacio al principio, luego más y más deprisa, hasta lograr llevarla más allá de la cima del éxtasis.

Pasó un rato antes de que se apartara de ella, y Mia alzó un lánguido brazo para acariciarle el pelo.

-Gracias.

-¿Por darte placer?

Stavros se preguntó si Mia tendría idea de lo preciosa que era, del placer que le producía tenerla desnuda en su cama. Quería abrazarla y retenerla contra sí durante el resto de su vida.

Inclinó la cabeza para besarla en los pechos y luego en la boca.

-Tú no has llegado orgasmo - susurro Mia.

Stavros sonrió.

-Tenemos toda la noche por delante, cariño mío.

-Ahora me toca a mí darte placer -murmuró Mia, que a

continuación se irguió y se sentó a horcajadas sobre él.

Adoraba el sabor de Stavros, la textura de su piel, y disfrutó besándolo, lamiéndolo, torturándolo con sus íntimas caricias.

¿Podían mejorar aún más las cosas?, se preguntó largo rato después. Lo que habían compartido no había sido mero sexo. Había sido algo más. Mucho más. Al menos para ella...

Se durmieron abrazados, pero a lo largo de la noche volvieron a hacer el amor semidormidos.

Al amanecer compartieron una larga ducha en la que los juegos dieron paso a otra cosa. Mia encontró intensamente excitante hacer el amor de pie bajo la ducha.

Después de secarse, y con una toalla ceñida a la altura de los pechos, comenzó a recoger su ropa.

-¿Qué crees que estás haciendo? -preguntó Stavros.

-Voy a vestirme para irme a casa -Mia sonrió cálidamente-. No hace falta que te molestes en llevarme. Voy a pedir un taxi.

Stavros se acercó a ella y apoyó las manos en sus hombros.

-Quédate.

-No puedo. Alice...

-Alice sabe que estás conmigo -Stavros rozó con sus labios los de ella... y unos instantes después estaban de nuevo en la cama, revolcándose como dos adolescentes.

Cuando despertó, Mia encontró la cama vacía a su lado a la vez que percibía un tentador aroma a café y beicon. Al estirarse sintió agujetas por todo el cuerpo y recordó las variadas posturas en que habían hecho el amor.

Porque habían hecho el amor, se dijo. Lo que habían compartido no había sido mero sexo.

¿Adónde les llevarían las cosas a partir de ahí?

¿Y qué hora sería?, pensó de pronto. Al mirar su reloj, saltó de la cama y fue a tomar otra rápida ducha. Después, envuelta en una toalla, fue a la cocina.

Stavros se había puesto un polo y unos vaqueros y parecía asombrosamente descansado y relajado, dado lo poco que había dormido.

-Hola -dijo al verla, y se acercó a besarla. Mia pensó que podría acostumbrarse fácilmente a aquello.

-Beicon, huevos, tostadas y café -Stavros señaló la mesa-. Y ya he llamado a tu hermana.

Mia se preguntó cómo se lo habría tomado Alice y decidió que probablemente le habría parecido bien.

-Está preparando una barbacoa y quiero ir cuanto antes a

echarle una mano.

Stavros asintió lentamente.

-Después quiero que hagas tu equipaje para trasladarte aquí.

-Pero Stavros...

-Te quiero en mi vida, Mia. Y yo necesito estar en la tuya.

¿Trasladarse allí a vivir con él? La idea de convertir aquel apartamento en su hogar, de regresar allí después de su trabajo, de acostarse a diario con él... ¿Debía dar aquel paso? ¿Sería capaz de darlo?

-¿Quieres que vivamos separados después de lo de esta noche? -insistió Stavros al ver que Mia no decía nada.

Mia se imaginó a sí misma en su solitaria cama, deseando estar con él. ¿Por qué? ¿Por una absurda cuestión de principios?

-No -dijo con su habitual sinceridad.

Stavros sonrió de oreja a oreja.

-Cásate conmigo.

Mia fue incapaz de pronunciar palabra. En lugar de ello, tomó la mano de Stavros y se la llevó a los labios para besarla.

Capítulo 9

MATT salió corriendo de la casa en cuanto oyó llegar el coche de Stavros.

-¡Hola!

Mia salió del coche y abrazó a su sobrino.

-¿Cuándo llegan tus amigos?

-Dentro de una hora. Mamá me ha comprado un juego nuevo para la PlayStation -Matt sonrió cuando Stavros se acercó a ellos-. Me alegro de verte.

-Lo mismo digo. ¿Qué juegos tienes para la PlayStation?

-Os dejo charlando -dijo Mia-. Yo voy a ayudar a Alice.

Cuando fue a la cocina, encontró a Alice dando los últimos toques a un postre de aspecto delicioso.

-Siento no haber estado aquí para echarte una mano.

-¿Por qué? A fin de cuentas, lo mejor que puedes hacer es pasar todo el tiempo posible con él.

-¿Tú crees?

-Desde luego.

-No me dirás que te parece una relación normal...

-Ya tuviste una relación normal. Y yo. Y mira cómo nos fue.

-Me ha pedido que me vaya a vivir con él.

-Espero que hayas dicho que sí.

-¿Acaso tratas de librarte de mí? -preguntó Mia con una sonrisa.

-Quiero lo mejor para ti.

Mia miró las ensaladas que había en la mesa y los panecillos listos para ser metidos en el horno.

-¿Qué puedo hacer?

-Si quieres, pon la mesa fuera. Los vasos irrompibles y las servilletas de papel están en ese armario.

Se trataba de una pequeña reunión con cuatro amigos de Matt y sus respectivos padres, el profesor de tenis acompañado de su novia y Craig Mitchell.

Mia admiró la facilidad con que Alice organizó la comida y se aseguró de que todo el mundo tuviera el vaso lleno a la vez que se ocupaba de mantener un ojo vigilante sobre los niños.

Stavros y Craig congeniaron desde el principio y Mia comprobó complacida que el jefe de Alice sabía relacionarse a la perfección con los niños.

-¿Jugando a casamentera? -susurró Stavros a su lado mientras

llevaban los recipientes con los restos de ensalada a la cocina.

-¿Tan evidente es? -preguntó Mia, preocupada.

-No -Stavros le quitó los recipientes de las manos para tomarla por la cintura y darle un besó en la punta de la nariz-. Craig parece un buen tipo.

-Me encantaría ver a Alice feliz -Mia tuvo que contenerse para no rodearlo con los brazos por el cuello-. Será mejor que volvamos con los demás.

Stavros la soltó y la siguió de vuelta al jardín. Los niños estaban jugando al fútbol y Stavros, Craig y el entrenador de tenis se unieron a ellos.

-Parece que lo están pasando bien -dijo Alice.

-La comida estaba de maravilla, y se nota que Craig está disfrutando -dijo Mia.

-Eso parece.

-Si te propone una cita, cuenta conmigo para quedarme con Matt.

-No creo que...

-Prométeme que no dirás que no.

-Puede -Alice frunció el ceño al ver que su hermana reía-. ¿Qué es tan divertido?

-Nos estamos dando mutuamente consejo sobre nuestras relaciones.

Después de la fiesta, mientras Stavros y Matt jugaban con la PlayStation en el dormitorio de éste, Mia ayudó a Alice a recoger.

Matt se acostó a las ocho y, poco después, Mia hizo su equipaje, aunque dejó bastantes cosas en el armario y en el tocador. Así no tendría por qué considerarlo un traslado definitivo. Dejar cosas atrás significaría que tenía un lugar al que volver si lo necesitaba.

Sin embargo, el hecho de trasladarse al apartamento de Stavros suponía toda una declaración. «Tómate las cosas con calma», se dijo al sentir cómo se aceleraban los latidos de su corazón. El hecho de que se fuera a vivir con él no significaba que fueran a casarse. Sería libre para irse cuando quisiera.

-¿Necesitas ayuda?

Mia se volvió con una sonrisa hacia su hermana.

-Ya he terminado. He dejado algunas cosas en el armario y en el tocador.

-Este siempre será tu cuarto -dijo Alice, y Mia la abrazó.

-Eres la mejor de las hermanas.

-Lo mismo digo.

-Te llamaré mañana por la tarde -Mia sonrió traviesamente al

añadir-: Así podrás ponerme al tanto de lo que ha pasado con Craig.

-Sí, claro. ¿Acaso crees que va a pasar repentinamente de ser mi jefe a mi mejor amigo?

-No lo subestimes.

Salieron del cuarto cada una con una bolsa y Stavros se hizo cargo de ambas cuando entraron al cuarto de estar.

Había sido un día estupendo y así se lo hizo saber Mia a Alice cuando ésta los acompañó a la puerta. Cuando salieron, Stavros dejó las bolsas en el maletero de su coche y luego señaló el todoterreno.

-Te sigo.

Cuando llegaron al apartamento, Stavros tomó a Mia entre sus brazos como un hombre sediento que acabara de encontrar una fuente. El beso que le dio y las deliciosas sensaciones que despertó en ella borraron toda posible duda de la mente de Mia. Necesitaba sentir su piel sin la restricción de sus ropas, para besarte y acariciar cada centímetro cuadrado de su cuerpo hasta hacerle perder el control. Necesitaba su boca en ella, enloqueciéndola con sus caricias.

En aquellos momentos sólo existían Stavros y las sensaciones que despertaba en ella mientras la tomaba en brazos para llevarla a la cama.

Vivir con Stavros era mucho más de lo que Mia había esperado. Sin duda, el buen sexo era un aliciente.

Despertar cada mañana bajo las caricias de su amante hacia que el comienzo de cada día fuera maravilloso.

En cuanto a las noches... Mia preparaba la cena si se quedaban en casa, y cuando comían fuera, elegían algún restaurante discreto y pequeño alejado de la escena social.

Durante la primera semana no se relacionaron socialmente, aunque aquélla era una situación que no se podía prolongar.

El imperio Karedes financiaba varias organizaciones benéficas que implicaban determinados compromisos sociales, especialmente al acercarse la navidad, para la que sólo faltaban unas semanas. Y además estaba la familia.

La madre y la abuela de Stavros estaban al tanto de la situación y habían insistido en ir a visitarlos.

Mia se alegró mucho cuando su hermana le dijo que Craig Mitchell la había invitado a cenar.

-¡Te lo dije! ¿Cuándo habéis quedado? ¿Qué vas a ponerte?

¿Quieres que vaya a cuidar a Matt...? -de pronto tuvo una inspiración-. También podría venir a dormir aquí y...

-Para -dijo Alice-. En primer lugar la cita es entre semana, lo que significa que al día siguiente Matt tendrá que ir al colegio. Y en segundo lugar, aún no he aceptado.

-¡Haz el favor de aceptar, Alice! Y no me vengas con excusas. A Stavros no le importará que Matt se quedé a dormir aquí una noche y yo puedo ocuparme de llevarlo al colegio por la mañana.

-Pero...

-Nada de pero. Iré a zarandearte personalmente si no aceptas.

Stavros entró en la habitación y miró a Mia con expresión divertida. Aquella mujer era excepcional. Terrenal, leal, sincera, amorosa, sexy, sensual.., suya. Estaba seguro de que reaccionaría como una leona si alguien cuestionara la integridad de alguno de sus seres amados. Vestida con vaqueros, camiseta de algodón, el pelo sujeto en una cola de caballo y sin maquillaje, no parecía tener más de dieciséis años. Adoraba el sonido de su voz, su risa, el modo en que alzaba barbilla cuando estaba a punto de discutir. Y adoraba su modo de amar.

-¿A qué venía todo eso? -preguntó cuando Mia colgó.

-Craig ha invitado a Alice a salir.

Stavros pasó un brazo por sus hombros y la atrajo hacia sí.

-¿Y eso te disgusta?

-Lo que me disgusta es que Alice no se atreve a aceptar.

-¿Y qué piensas hacer al respecto?

-¿Te importaría que Matt viniera aquí a pasar una noche?

-Claro que no. ¿Cuándo?

-Esta semana. Si logro persuadir a Alice para que acepte la invitación, por supuesto.

Stavros inclinó la cabeza para besarla en el cuello y Mia se estremeció.

-¿Y si no acepta?

-Yo me ocuparé de que lo haga -murmuró Mia mientras él introducía las manos bajo su camiseta y le soltaba el cierre del sujetador-. Supongo que ahora mismo no estás interesado en un café, ¿no?

-Mi único interés en estos momentos eres tú -murmuró Stavros a la vez que le desabrochaba el botón del pantalón.

-Eres insaciable.

Stavros posó sus labios sobre los de ella.

-¿Quieres que pare?

-Ni se te ocurra pensarlo.

Stavros se puso en pie, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

Mia fue tan rápida como él en desnudarlo, pero fue aún más rápida al colocarse encima de él y sujetarle los brazos por encima de la cabeza contra la cama. Vio cómo se oscurecía su mirada mientras inclinaba lentamente la cabeza para deslizar el pelo por su torso antes de soltarle las manos para bajar aún más y acariciar con él su poderosa erección.

Segundos después, inclinó la cabeza y utilizó su boca en unos evocativos movimientos que estuvieron a punto de hacer perder el control a Stavros. Cuando éste se sintió a punto de estallar, la tumbó de costado y de espaldas a él, y la penetró de un solo empujón para luego retirarse lentamente y volver a repetir el movimiento.

Tardó un rato en llevar a Mia hasta la cima, se unió a ella cuando la alcanzó y la retuvo entre sus brazos mientras descendían de nuevo a tierra.

Después, la besó y descendió sobre ella hasta dejar la cabeza apoyada en su vientre. Mia alzó una lánguida mano para acariciarle el pelo.

-¿Has dicho algo? -preguntó.

Stavros alzó la cabeza para mirarla.

-Sólo me estaba asegurando de que nuestro bebé tuviera una amorosa acogida en el mundo.

Intensamente conmovida, Mia fue incapaz de impedir que una solitaria lágrima se deslizara por su mejilla.

Al verla, Stavros murmuró una maldición y la tomó entre sus brazos. Mia no dejaba de sorprenderlo con su mezcla de fuerza y fragilidad.

-Necesito confirmar el día que vamos a comer con mi madre -dijo Stavros a la mañana siguiente, antes de irse a trabajar-. ¿Te parece bien que la dejemos para el fin de semana?

-Supongo que sí.

Stavros se puso la chaqueta y se acercó a Mia para besarla.

-Que pases un buen día.

-Lo mismo digo.

Mia apenas tardó unos minutos en recoger la mesa del desayuno y poner el lavavajillas. Luego tomó su bolso y bajó al aparcamiento a por su coche para acudir al trabajo.

Durante el descanso del almuerzo comprobó que tenía dos mensajes en el móvil. Uno era de Stavros, diciendo que había surgido una reunión inesperada y que no volvería a casa hasta las

siete. El otro de Alice. Quería saber si Matt podía ir a quedarse con ella el miércoles por la noche.

¡Lo había hecho! Conociendo a Alice como la conocía, Mia supo que debía haber tenido que armarse de valor para aceptar la invitación de Craig. Sólo esperaba que el jefe de su hermana supiera ser paciente.

El resto del día transcurrió agradablemente, pero a hacia las cinco de la tarde el corazón de Mia se encogió al ver que Anouska entraba en la farmacia.

Aquello no podía ser buena señal. ¿Qué podía querer aquella mujer excepto crear problemas?

Al principio, Anouska pareció interesarse por la sección de productos de higiene personal. Luego, se detuvo en el mostrador de los preservativos, seleccionó varias cajas distintas y se acercó al mostrador.

Una de las dependientas se había ido temprano y la otra estaba ocupada con un cliente, de manera que Mia no tuvo más remedio que atender a Anouska.

«Sonríe, cóbrale rápidamente y en unos minutos se habrá ido», se dijo con un suspiro.

Pero aquél no parecía ser el plan de Anouska.

-Supongo que la farmacia puede garantizar estos preservativos, ¿no?

-La caja viene con unas instrucciones para la utilización correcta de los preservativos.

-¿Son de buena calidad y resistentes?

-En esta farmacia sólo dispensamos artículos de buena calidad.

-Es una pena que no eligieras adecuadamente cuando compraste los tuyos -al ver que Mia no hacía ningún comentario, Anouska alzó la voz-. Pero supongo que tu propósito era quedarte embarazada.

-Tus comentarios son insultantes y no vienen a cuento -dijo Mia con calma.

-¿En serio? Pero eres tú la que me está insultando -Anouska hizo una seña al jefe de Mia para que se acercara-. Quiero manifestar una queja.

Tras escucharla atentamente, el farmacéutico le dijo que el comportamiento de Mia había sido totalmente correcto y sugirió que se llevara lo que había elegido o que lo dejara.

Sin una palabra, la modelo giró sobre sus talones y salió de la farmacia.

-Lo siento -dijo Mia y su jefe alzó expresivamente las cejas.

-¿Por qué? Tú no has hecho nada malo.

Por lo visto, Anouska no pensaba lo mismo. Consideraba que Mia se había interpuesto entre ella y su objetivo: Stavros.

Mia se quedó preocupada pensando en el propósito de la visita de la modelo... y no tardó en averiguar de qué se trataba. Media hora después, cuando fue a por su coche, vio que junto a él había dos oficiales de policía y un hombre de paisano. Uno de los policías estaba anotando lo que decía éste, mientras el otro sujetaba del brazo a una mujer que estaba de espaldas.

Mia la reconoció de inmediato. ¡Era Anouska!

En aquel momento, la modelo se volvió y, al ver a Mia, empezó a soltar una retahíla de insultos. El oficial la esposó y la obligó a entrar en su coche.

Mia se acercó al todoterreno y se llevó una mano a la boca al ver lo que Anouska había escrito a base de rayar el metal.

-¿Mia Fredrickson? Esta mujer ha sido atrapada provocando daños a su todoterreno -el oficial señaló al hombre al que estaban tomando declaración-. Su guardaespaldas nos ha dado los detalles y nos ha entregado evidencias fotográficas además de un vídeo.

Mia se quedó perpleja. ¿Un guardaespaldas?

-Me contrató Stavros Karedes -aclaró el hombre.

En aquel momento, llegó Stavros, que detuvo su Mercedes junto al todoterreno.

-Oficiales, Jake -dijo a modo de saludo. Luego tomó la mano de Mia y se la llevó a los labios-. Mia.

-La señorita Fredrickson acaba de llegar -dijo el guardaespaldas.

-¿Te importaría explicarme por qué necesito un guardaespaldas? -preguntó Mia.

Stavros la miró un momento y luego se volvió hacia los oficiales.

-¿Hace falta que nos quedemos?

-Necesitaremos una declaración suya mañana, pero de momento pueden irse.

-¿Te importa hacerte cargo del todoterreno, Jake?

-Ya he avisado al taller.

-Gracias.

Stavros condujo a Mia hasta su coche y la ayudó a entrar. Luego ocupó su asiento tras el volante.

-Más vale que empieces a darme algunas respuestas -dijo ella con el ceño fruncido.

-Estoy seguro de que eres lo suficientemente lista como para haber sacado tus propias conclusiones. Sospechábamos que Anouska había pinchado las ruedas de tu coche y había pagado al joven que te atacó. Contraté a Jake para que te protegiera y para que la

vigilara. Ha estado espiándote en más de una ocasión ante la casa de Alice y también ante el bloque en el que está mi apartamento. Esta tarde ha acudido a la farmacia y luego ha salido a rayarte el coche con un objeto metálico.

-Era necesario atraparla con las manos en la masa -dijo Mia.

-Sí.

-Podrías haberme advertido.

-Preferí no alarmarte. Pero no has corrido peligro en ningún momento.

Mia permaneció unos momentos en silencio mientras la escena de lo sucedido se repetía en su mente. De pronto, sintió náuseas.

-Creo que voy a devolver.

Stavros detuvo de inmediato el coche junto a la acera y Mia bajó a toda prisa.

Hizo señas para que Stavros no se acercara, pero éste hizo caso omiso y le sostuvo la cabeza por la frente.

-Alcánzame mi bolso, por favor -murmuró Mia cuando acabó-. Dentro hay unas servilletas húmedas y una botella de agua.

Unos minutos después, Stavros la ayudó a volver al coche.

Mia fue directamente a tomar una ducha en cuanto entraron en el apartamento. Cuando salió, se encontraba bastante mejor.

-¿Quieres que llame al obstetra? -preguntó Stavros, preocupado.

-Las mujeres embarazadas devuelven ocasionalmente. Se supone que suele sucederles por las mañanas, pero en realidad sucede a cualquier hora -Mia respiró profundamente-. Y ahora voy a preparar la cena.

-Olvídalo. Podemos encargar algo.

-Si sigues tratándome como si fuera una frágil florecilla, me vengaré.

-¿Cómo?

-Ya se me ocurrirá -dijo Mia mientras entraba en la cocina.

Apenas tardó un cuarto de hora en freír unos filetes y preparar una ensalada.

-Creía que tenías una reunión -dijo mientras servía los platos.

-Me he marchado en cuanto he recibido la llamada de Jake.

Después de comer, se sentaron a ver la televisión un rato, pero Mia apenas logró mantener los ojos abiertos unos minutos. Los abrió cuando notó que Stavros la estaba llevando en brazos al dormitorio.

-Puedo ir yo sola -protestó, adormecida.

-Claro que puedes -dijo él mientras la depositaba en la cama y empezaba a desvestirla.

Después, se metió con ella en la cama y la abrazó. Mia se acurrucó contra él, pensando que era un hombre cálido, fuerte y maravilloso. Luego, se quedó profundamente dormida.

Capítulo 10

LA noche que Matt se quedó a dormir en el apartamento fue todo un éxito. Disfrutó viendo todos los artilugios electrónicos que tenía Stavros, cenó bien y, cuando Mia le dijo que era hora de acostarse, no protestó.

-¿Sin problemas? -preguntó Stavros cuando Mia volvió a sentarse junto a él en el sofá.

-Ninguno.

-Es obvio que tu sobrino te adora.

-Y yo a él -respondió Mia mientras se recostaba contra Stavros.

El día que descubrió que Stavros era el hermano de Cris había sido uno de los peores de su vida. Sin embargo, en aquellos momentos no quería ni imaginar pasar un día sin él.

-Mi madre nos ha invitado a comer mañana.

Mia imaginó una nueva sesión de enfrentamiento con las matriarcas Karedes y miró a Stavros, que aguardaba su respuesta, expectante.

-Será pan comido -dijo con una sonrisa.

Y, para su sorpresa, así fue. Sofía se mostró muy cariñosa con ella, e incluso Angelena logró contenerse durante la comida.

No surgió el tema del matrimonio ni se mencionó la boda. Sin duda, Stavros había sido muy específico en sus instrucciones.

Los dos días siguientes, hubo mucho ajetreo en la farmacia porque una de las dependientas se había puesto enferma y Mia no pudo verse con su hermana hasta el sábado por la mañana, cuando la acompañó a la clase de tenis de Matt.

-Y ahora, háblame de Craig -dijo Mia en cuanto el camarero las atendió en la cafetería del club-. Y quiero la versión completa, no un resumen.

-Es... agradable -dijo Alice-. Amable. Atento.

-Estás describiendo a tu jefe. Quiero que me describas al hombre.

-Se portó como un caballero.

-Así que no te besó, ¿no?

Alice se ruborizó ligeramente.

-Quiere llevarnos a Matt y a mí de picnic el domingo.

-Supongo que habrás aceptado.

-Imagino que lo pasaremos bien -admitió Alice, que puso los ojos en blanco al ver la sonrisa satisfecha de Mia-. Y ahora es tu turno.

-Todo va bien

-¿Eso es todo? O me cuentas algo más, o no vuelvo a contarte nada -protestó Alice.

-Supongo que me está costando asumir una relación que no se adapta a lo normal -dijo Mia, despacio.

-¿Y qué es lo normal? ¿El cortejo, el compromiso? Como suelo recordarte, ya pasamos ambas por eso y no funcionó.

-Imaginaba que enamorarse sería algo gradual, algo que comenzaba como una amistad y que se iba desarrollando con el tiempo.

-No que pudieras conocer a alguien y saber casi de inmediato que era tu media naranja, ¿verdad? -dijo Alice soñadoramente.

-¿Crees que puede ser tan sencillo?

-A veces creo que sí.

-Parece tan...

-¿Tan repentino? ¿Tan pronto? -Alice se inclinó hacia Mia y la miró atentamente-. ¿Podrías vivir sin Stavros?

-No -contestó Mia sin pensar.

-¿Querrías vivir sin él?

La expresión de Mia reflejó una clara angustia ante aquella posibilidad.

-Entonces, ¿a qué estás esperando? -añadió Alice.

«A nada», pensó Mia. «A nada en absoluto»

-Necesito hacer una llamada -dijo.

Apenas tardó unos segundos en marcar el teléfono de Stavros.

-Hola, ¿llamo en mal momento? Soy Mia.

Stavros sonrió al otro lado de la línea. ¿Cómo podía pensar Mia que necesitaba identificarse cuando el sonido de su voz había llegado a ser tan familiar para él como el de la suya propia? Mia tenía el poder de trastocar por completo su mundo. No era un sentimiento con el que se encontrara cómodo, pero estaba seguro de que acabaría por acostumbrarse a él. Tal vez para cuando tuviera a sus nietos sentados en las rodillas.

Aquel pensamiento hizo que sus labios se curvaran en una amplia sonrisa.

-Depende de lo que quieras -dijo.

-¿Te importaría que canceláramos nuestras asistencia a la gala benéfica de esta noche?

Dada la naturaleza del acontecimiento, Stavros sabía que bastaría con que enviara un cheque.

-No hay problema. ¿Puedo preguntar por qué?

-Te lo explicaré luego. Adiós.

La tarde fue muy ajetreada. Mia hizo algunas llamadas, convenció sin dificultad a su hermana para que le echara una mano y pidió salir una hora antes del trabajo.

Alice la estaba esperando cuando llegó al apartamento.

-Tú ve a ducharte -dijo Alice en cuanto entraron-. Yo me ocupo de la mesa y de calentar la comida.

Media hora más tarde, Mia salió del baño maquillada, peinada y vestida con unos elegantes pantalones negros y una blusa de tirantes de seda.

-Estás guapísima -dijo Alice-. Yo ya he acabado y será mejor que me vaya cuanto antes.

-Gracias, hermanita -Mia le dio un sonoro beso-. No lo habría logrado sin ti.

Tenía cinco o diez minutos antes de que llegara Stavros. Un rápido vistazo a la mesa en el comedor le reveló que todo estaba en su sitio, incluyendo las velas de la mesa.

Cuando oyó el sonido de la llave en la cerradura, respiró profundamente para calmar sus nervios.

En cuanto entró, Stavros se encaminó hacia ella, la rodeó con los brazos por la cintura y la besó ardorosamente.

-¿Puedo convencerte para que compartas mi ducha? -murmuró contra sus labios.

-Acabo de ducharme y tú tienes sólo diez minutos para hacerlo -Mia lo besó en la barbilla antes de apartarse de él y señalar en dirección del baño-. Adelante.

Mientras él se duchaba fue a comprobar el horno, abrió el vino y comprobó el estado del postre.

Acababa de encender las velas cuando Stavros regresó. Estaba recién afeitado y aún tenía le pelo húmedo. Mia sintió que se derretía sólo con mirarlo.

-¿Necesitas ayuda?

-Ya está todo listo.

Stavros se acercó a Mia y le acarició la mejilla.

-Te noto nerviosa. ¿Por qué?

-Nunca había hecho esto -dijo Mia.

-¿A qué te refieres exactamente? -preguntó Stavros con una

sonrisa.

Mia bajó la mirada.

-Ten un poco de paciencia.

Stavros la miró un momento y luego sirvió vino en un vaso y agua en otro que le entregó.

-Salud -dijo tras brindar con ella-. ¿Has tenido un día muy ajetreado?

-Bastante -respondió Mia mientras se sentaban-. Me gusta trabajar en esa farmacia, pero tiene mucha clientela. Y ahora será mejor que comamos antes de que se enfríe todo.

La comida que había preparado Alice estaba deliciosa, pero Mia fue prácticamente incapaz de probarla a causa de los nervios.

-Voy a por el postre -dijo cuando vio que Stavros había terminado.

-El postre puede esperar. ¿Qué te parece si me explicas por qué te noto tan inquieta desde que he llegado?

Había llegado el momento de la verdad. Con cuidado, Mia sacó un sobre que tenía bajo el plato.

-Quería darte esto -dijo mientras se lo entregaba.

Stavros abrió el sobre y extrajo la tarjeta que contenía. Mia había pasado un auténtico calvario antes de decidirse por una tarjeta que reproducía un cuadro de Monet.

Las palabras que había escrito en ella estaban grabadas en su mente.

Te amo con todo mi corazón. ¿Quieres casarte conmigo y compartir el resto de mi vida?

El tiempo pareció detenerse mientras Stavros leía la tarjeta. Finalmente, alzó la mirada.

-Gracias -Mia temió morirse si no añadía algo más-. ¿Dudas de mi respuesta?

Mia hizo un gesto de impotencia, pues no se fiaba de que le saliera la voz.

-¿Crees que podría hacer el amor con otra mujer como lo hago contigo? -añadió Stavros con voz ronca mientras se ponía en pie y se acercaba a ella-. ¿O que el bebé que llevas dentro me importa más que su madre? Eres la otra mitad de mi alma, de mi corazón. Eres mi vida -tomó a Mia de la mano y le hizo levantarse para rodearla con sus brazos-. Te quiero -murmuró con infinita dulzura-. Te quiero y siempre te querré. ¿Cómo es posible que no sepas lo que siento por ti?

A continuación, tomó posesión de la boca de Mia, que lo rodeó con los brazos por el cuello y se aferró a él cuando la tomó en brazos para llevarla al dormitorio.

-No estaba segura de que me necesitaras.

Segundos después, Stavros se tumbaba junto a ella en la cama.

-Voy a demostrarte hasta qué punto.

Y así fue. Se lo demostró a conciencia. Y no llegaron a probar el postre.

Dos semanas después, la familia Karedes se reunió en el cuidado jardín de Sofía Karedes.

Hacía un día espléndido para una boda, con el sol brillando en lo alto y una suave brisa procedente del puerto para aliviar la temperatura.

Mia llevaba un exquisito vestido de seda color marfil con un velo de encaje unido a un elegante tocado. Llevaba también un precioso colgante de diamantes con unos pendientes a juego, regalo del novio., que estaba espléndido con su traje de Armani.

Alice era la madrina y Cris el padrino. Matt era el encargado de los anillos.

Mia se sentía como en un sueño mientras el celebrante pronunciaba las palabras rituales, y su mano tembló un poco cuando Stavros le puso el anillo que acababa de entregarle un orgulloso Matt. Entreabrió los labios con sorpresa cuando él se inclinó para besarla, y un ligero rubor cubrió sus mejillas.

-Se supone que aún no deberías haber hecho eso -susurró cuando él apartó la cabeza.

Mia sonrió y a continuación llegó su turno de ponerle el anillo. Unos momentos después, el celebrante dio por concluida la ceremonia y Stavros volvió a besar a la novia.

Después, todos los asistentes se acercaron a abrazarlos y felicitarlos.

-Creo que voy a llorar -dijo Alice mientras abrazaba a su hermana.

-Ni se te ocurra -Mia la besó sonoramente en ambas mejillas-. Seguro que se te pasan las ganas con una copita de champán.

Mia acababa de dejar a Alice tomando una copa de champán con Craig cuando Stavros se acercó a ella.

-¿Te he dicho alguna vez lo preciosa que eres?

Mia lo miró y le dedicó una sonrisa cautivadora.

-Es el vestido -bromeó-. Tanta elegancia y sofisticación acaban

dando resultado.

La ronca risa de Stavros hizo que su corazón latiera con más fuerza.

-Será un placer quitártelo.

Mia apoyó la palma de una mano en su mejilla y sonrió traviesamente.

-Te advierto que pienso devolverte el favor.

La comida se sirvió en el comedor bajo la supervisión de Angelena.

-Estoy segura de que os va a ir muy bien -dijo la anciana a Mia mientras tomaban el postre-. Es un placer ver a Stavros tan contento.

A aquellas alturas, Mia ya sabía que, bajo su duro exterior, la abuela de Stavros tenía un corazón de oro. La tomó de la mano y la estrechó con ternura.

-Gracias.

Todo el mundo comió tarta y hubo varios brindis en honor de los novios antes de que sirvieran el café.

Después, Stavros tomó a Mia de la mano para despedirse de todo el mundo antes de irse.

Aunque no iban a ir muy lejos, pues habían decidido quedarse en el apartamento de Stavros. Tan sólo faltaba una semana para la navidad y habían decidido pasarla en familia. A mediados de enero planeaban volar a Atenas para hacer un crucero por las islas griegas.

-¿Eres feliz, amor mío? -dijo Stavros cuando entraron en el apartamento.

-Más de lo que podría expresar con palabras -contestó Mia mientras lo rodeaba con sus brazos por la cintura.

-Te quiero más que a la vida misma.

La profundidad de la emoción evidente en la voz de Stavros hizo que los ojos de Mia se llenaran de lágrimas.

-Y tú lo eres todo para mí -logró decir con voz temblorosa.

Después, la ropa de ambos empezó a volar en todas direcciones mientras avanzaban lentamente entre beso y beso hacia el dormitorio.

Y una vez en la cama, la pasión, la sensualidad, la anticipación, las promesas... todo se transformó en una sola, maravillosa y palpitante necesidad de sentirse unidos.

Como siempre sucedería entre ellos.

Amor imperecedero. Para siempre.

Epílogo

TYLER Yannis Karedes llegó al mundo una semana antes de lo esperado, embelesando a sus embobados padres y ganándose la devoción de su abuela y su bisabuela, que aprovecharon sin el más mínimo reparo cualquier oportunidad que surgía de ir a visitarlo.

Su bautismo tuvo lugar tres meses después y fue un acontecimiento familiar. Sofía fue la madrina y Cris y Matt los padrinos. Craig Mitchell fue el único invitado ajeno a la familia.

Después, Angelena, Sofía y Alice se dedicaron a tomar el niño en brazos por turnos y no dejaron de comentar cada risita, cada gorgorito que hacía.

-Se lo está pasando en grande -dijo Mia, que contemplaba la escena que se desarrollaba en la sala de estar.

Stavros asintió mientras pasaba un brazo por sus hombros.

-Está cautivando a su audiencia femenina.

-Necesita un hermanito para no acostumbrarse a un exceso de atenciones.

-Mia...

-Creo que estaría bien que lo tuviera cuando termine mis exámenes finales. ¿Tienes algo que objetar?

¿Cómo iba a objetar algo?, se preguntó Stavros. Adoraba a su mujer y había disfrutado enormemente de cada fase de su embarazo. Pero nada lo había preparado para la felicidad y la emoción que experimentó cuando sostuvo a su hijo en brazos por primera vez.

-Mi única preocupación eres tú.

Los ojos de Mia se humedecieron.

-Puede que esta vez sea una niña.

Stavros ya había inspeccionado un local ideal para una farmacia en un nuevo centro comercial. Ya lo tenía todo organizado para que Mia pudiera volver a trabajar media jornada, contando con la ayuda de una niñera, por supuesto. Pensaba hacerle aquel regalo en su primer aniversario.

-¿Cuánto crees que tardarán en irse nuestros invitados?

Como de costumbre, el ronco e insinuante tono de Stavros hizo que una oleada de calor recorriera el cuerpo de Mia.

-¿Una hora? -dijo en un tono burlonamente divertido-. ¿Tal vez dos?

-¿Y qué te parece si esta noche nos retiramos temprano?

La risa de Mia sonó como música a oídos de Stavros… pero el beso que le dio no bastó para calmar el deseo que sentía por ella. Para ello habría hecho falta más de una vida.

El amor, el verdadero amor, nunca moría.